

VLADSTRANGE

EL ROMPECABEZAS DE
LOS GATOS BLANCOS

EL ROMPECABEZAS DE LOS GATOS
BLANCOS
Vlad Strange

El rompecabezas de los gatos blancos
Autor: Vlad Strange

Diseño editorial: Fernanda Quintana
Edición: LitMouse Aethernal

Primera edición: 2018
© 2017 Vladimir Strange

Comentarios sobre la edición y contenido de este libro a:
sirvladstrange@outlook.com

ISBN: 9781729217511

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares de Copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares de la misma mediante alquiler o préstamo públicos.

Distribuido por Amazon KDP

Para mi familia y para aquellos que han sido rasguñados por los gatos blancos.

Vaya mierda.

Quince minutos de silencio pasaron dentro de esa pequeña oficina de la delegación municipal. Yo estaba sentado frente al escritorio, con las manos esposadas al respaldo de la silla, un vaso de agua frente a mí, lo suficientemente cerca para pensar que podía tomarlo y lo bastante lejos para que me diera cuenta de que era imposible.

Me dolía el cuerpo como si me hubiesen dado la madrina de mi vida (y no al revés). Me sangraba el labio, tenía hinchado el ojo izquierdo y sentía una opresión en las costillas. Y no solo eso, también mi consciencia estaba molida, me tenía atormentado, empeoraba a cada minuto que pasaba encerrado en esta maldita oficina.

Después de unos minutos entró el agente; un sujeto bajito y gordo, de piel morena, una prominente calva y una pistola sujeta a su cinturón Armani.

—Arturo Montes de Oca Buñuel... —leyó mi expediente sin decir nada más y luego me preguntó—. ¿Sabes por qué estás aquí?

Este gordito pendejo...

¿Era una pregunta retórica?

¡Era obvio que sabía por qué estaba ahí!

No contesté de todos modos.

—Estás metido en un lío gordo, carnal —me dijo burlándose—. ¿Qué se siente haberle partido su madre al riquillo ese, el niño Robles, ¿eh? Aquí entre nos... —Bajó la voz como para que no lo escuchara nadie—, ese niñato ya me tenía hasta la verga. Siempre manejando su BMW del año, volado por la calle ésta de Galerías: Pino Suarez; pero eso sí, hasta las chanclas, el condenado. Y luego, cuando lo agarramos, con una llamadita a su tía se resuelve todo. —Resopló con desprecio—. Y bueno, hijo, ¿Qué te hizo ese mentecato como para que lo dejaras... pues como lo dejaste?

—No es lo que me hizo a mí, sino lo que nos hizo a todos nosotros —dije tan bajo que el agente tuvo que acercarse más para escuchar.

—Está bueno, pues. ¿Qué es lo que hizo?

Hace una semana regresé a México. Desde hace dos años he estado

viviendo en España; me fui después de la graduación de preparatoria a pasar el verano con la hermana de mi papá y ahí encontré universidad. Se me hizo fácil quedarme, al fin y al cabo, yo ya no tenía nada aquí, nada que me hiciera querer regresar.

Pero regresé porque Alfredo, al que tienen también en los separos, me dijo que Andrea Moreno, una compañera de la preparatoria, se había tirado de la torre de la Facultad de Humanidades. Mi mamá, que es muy cercana a la señora Moreno, me pidió que viniera al funeral. «Después de todo, también fue amiga tuya, ¿No?» Me dijo. Aunque, la verdad, no éramos muy cercanos. Quizá lo fuimos cuando éramos pequeños, cuando mamá invitaba a Doña Ivette a tomar un café a la casa y traía a Andrea, y ambos jugábamos con Firulais, mi maltés.

Por eso fue que vine a su funeral.

Llegué el sábado en la mañana al aeropuerto de la Ciudad de México. Es increíble cómo ha cambiado en tan solo dos años la ciudad. Todo se veía más gris, el aire se respiraba pesado, la contaminación de los autos se te mete por los poros de la piel y la gente es cada vez más... chilanga. Sabe a lo que me refiero, ¿no?

Freddy y Charlie, Carlos Carso Lara... Si, ese Carlos Carso, el hijo de Don Sebastián Carso, el de los transportes Carso-Michigan. Bueno, él y Alfredo fueron a recogerme. No sabe el gusto que me dio verlos. Nos dimos un abrazo de los buenos, así como de película, ¿ya sabe cómo? Fuerte, duradero, como dos enamorados. Solo que nosotros éramos tres y no estamos precisamente enamorados. Freddy seguía siendo el mismo; chaparrito, medio ñango y con su expresión de Rocky Balboa, así medio tarada de tantos madrazos. Y Charlie, digo, Carlos, porque le caga la madre que le digamos Charlie, también se veía igual, o casi igual. Ya lo ha visto usted, es como Superman en Metepec, hasta con el cairelito en el copete y el brillo en los músculos. Pero esta vez se veía medio demacrado, como si no hubiese comido sus platillos gourmet y dormido en su Spring Air por varios meses.

Y estuvo super raro, como que se sentía la tensión de la muerte en el aire. Y es que está feo. Digo, todos nos vamos a morir, pero estirar la pata tan joven es... está cañón, ¿no? Y pues, Andrea Moreno era nuestra compañera, con la que pasamos la mitad de cada uno de los cinco días de la semana durante dos o tres años. Si se sentía gacho. Quizá por eso duró tanto el abrazo, como que nos saludamos, nos reencontramos y nos recomfortamos al mismo tiempo. Y luego, el puro silencio. Íbamos calladitos como en monasterio. Nadie decía

nada.

Así nos pasamos por todo Viaducto, Circuito, Constituyentes y Santa Fe, como si nos hubieran comido la lengua los ratones.

—Qué onda, güey, ¿ya le avisaste a tu mamá que ya llegaste? —me preguntó Freddy cuando ya habíamos pasado la caseta de la México-Toluca.

—Sí, güey, le mandé un mensaje cuando aterrizó el avión —le contesté.

—Fred, mándale un whats a Blanca y dile que ya vamos para allá, porfa —Charlie dijo—. Y dile que te mande su ubicación, no seas malo.

—¿Contraseña?

—Pónmelo en el dedo —pidió... ¡y cómo que se arrepintió, pero no se rajó!

—¡Ah, ¿Qué pasó, mi Cha?! ¡Así no me llevo!

—Ya quisieras, reina. —Se rio—. ¡Ya! Ándale. Creo que me tengo que ir por la salida de Ocoyoacac y no me quiero pasar.

El funeral y el velatorio fueron en la casa de los Moreno. Yo había estado ahí muchas veces en mi niñez, pero ya tenía más de cinco años de no pararme por ahí. La casa estaba más grande de cómo la recordaba. Tiene un jardín grande lleno de pasto y árboles, con unos jueguitos infantiles medio macabros, de esos columpios de metal que chillan cuando se balancean y aparecen tanto en las pelis de terror. Y la casa, en sí, está dentro de un terreno grande dónde hay dos casas más, la de la hermana viuda de Doña Ivette y la antigua casa de los abuelos. Las construcciones, menos la de la hermana viuda, son rústicas, y luego estaban adornadas con un chingo de flores blancas, de coronas y adornos, y el imponente moño negro en el pórtico.

¿Por qué pinches el olor de la muerte resulta tan floral?

—Eso solo lo piensas tú, carnal —me dice el agente—. ¿Qué no has olido a un muerto? ¡A madres, carnal! ¡Huele a madres!

Ahí había gente que yo no conocía, todos vestidos de negro y llorando. No puedo asegurar que todas las lágrimas fuesen sinceras, como las de Josefina Carso, la hermanita de Charlie, quien en su vida a derramado una lágrima honesta y misericordiosa. En un rincón, platicando en voz baja, estaban los que habían estado con Andrea en la preparatoria, entre ellos Jose (como le decimos), que contaban sobre lo buena y amable que había sido Andy durante su vida. Parecía que todos tenían una buena anécdota que contar sobre ella.

¡Hipócritas! ¡Eso es lo que son!

Y al fondo de la sala, a un lado del ataúd, los señores Moreno y mi

madre, quien los consolaba mientras ella misma intentaba controlar su pesar. Me acerqué sin perder más tiempo y la abracé. Ella me devolvió el abrazo fuertemente, soltándose a llorar de nuevo sobre mi camisa. Luego le di el pésame a Doña Ivette y al señor Moreno, y ellos mismos me invitaron a ver el cuerpo inerte de Andrea.

El corazón se me hizo añicos de verla así, con la cara pálida, los brazos tiesos, la sonrisa falsa que habían sujetado con pinzas y los ojos cerrados, como si estuviese durmiendo. Y aun muerta, habían logrado que se viera guapa, como siempre lo fue, aunque nunca se diera cuenta.

Quería llorar. No sé si era parte de la tristeza colectiva o si de verdad me sentía de la fregada por su fallecimiento, pero quería soltarme a llorar, arrodillarme ante en ataúd y no parar de llorar hasta que me sangraran los ojos. Algo en la muerte de Andrea me causaba una gran incomodidad... como impotencia.

Quien lloró fue Carlos, pero no lo hizo como todos esos hinchas que no tenían nada que ver con ella y aun así andaban de lloricas, no lo hizo frente a la audiencia, cómo diciendo «¡Mírenme! ¡Soy Carlos Carso y me preocupo por otra gente, estoy llorando por una joven cualquiera que trágicamente se ha suicidado!»). Él fue respetuoso, como el jodido buen hombre que es. Se acercó al ataúd en silencio, intentando contener sus lágrimas, acarició su mejilla suavemente, les dio el pésame a los padres de Andrea y luego se fue al coche a llorar a moco tendido dónde nadie lo viera.

¿Y sabe quién más estaba ahí?

El agente me mira como diciendo «¿Quién?»

Blanca Robles Xalostoc.

La mismísima Blanquita, mi güerita, el pedazo de cielo que una vez fue mío para disfrutar. Y la veo... sin vida, con esos bellos ojos de gato clavados en el piso, vidriosos, rojos, hinchados. Es obvio que ha estado llorando mi hermosa Blanca Robles. Y también la veo más delgada, medio escuálida y enferma. Entonces suspira temblorosa, al borde del llanto, y alza la vista. Por un segundo se le iluminó la cara. Y yo, como el maldito egoísta que soy, pienso que es por verme después de tanto tiempo. Que pendejada. ¿Por qué mi Blanquita adorada iba alegrarse de verme si yo la había dejado quién sabe cómo dos años atrás?

 Aun así se levanta de su silla de al fondo, detrás del ataúd, de un rinconcito dónde no llamaba la atención, y camina hacia mí. Mi corazón se para y luego comienza a latir tan fuerte y tan rápido como cuando te chingas un

Redbull con chela (pinche muerte rápida y angustiada que es esa), solo que con Blanquita la muerte es lenta y placentera. Ella no me dice nada, solo se queda mirándome, plantada a unos treinta centímetros de mí. Y es que no le salen las palabras a mi pobre Blanquita. Luego se da la media vuelta, indicándome casi telepáticamente que la siga y me lleva a la cocina, dónde no hay nadie más que los chavos del servicio de catering.

Ella, con su rubio cabello amarrado en una coleta despeinada y su vestido negro, me mira unos segundos más, y luego me dice entre llanto «¡Ayúdame, Arturo, tienes que ayudarme!». ¡No manches! Cuando alguien te dice algo así en un funeral, lo primero que haces es pensar lo peor.

—¿Qué hiciste, Blanca? —le pregunté alarmado—. ¿Tú...?

La neta no fue mi culpa pensar de ese modo, fue algo natural.

Ella no me dijo más, las lágrimas no se lo permitían, solo me abrazó y ahí se quedó llorando hasta que pudo calmarse. Y yo estaba asustado, tan asustado que no tenía ganas de saber qué es lo que pasaba con mi Blanquita.

—Andrea no se suicidó, Art —me dijo, secándose la cara con las mangas del vestido—. Yo la conocía, ella no... Sé que ella no se suicidó.

—Pero el MP ya dio los resultados, fue un suicidio —le dije—. Yo sé que es difícil de aceptar, Blanca, pero a veces... a veces la gente...

—¡Arturo! Por favor, cree en mí. Andy no se suicidó.

—¿Por qué estás tan segura? ¿Tú sabes algo?

Ella me miró fijamente, frunciendo el ceño y mordiéndose el interior del cachete. Blanquita sabía algo y no me lo quería decir, la condenada.

—No sé nada, solo sé que no fue suicidio —contesta, bajando la voz porque alguien acaba de entrar a la cocina. Pero el sujeto solo iba a buscar un vaso, y cuando lo encuentra, se vuelve a ir —. Ayúdame a investigar.

¡Qué estupidez! ¿Neta quería que jugara con ella al detective, al *policías y ladrones*?

—¡Ándale, Art!

—¿Y si descubres que sí se suicidó, ¿qué? ¿Vas a aceptarlo nomás?

Blanca asintió. Si esta hubiese sido la misma Blanquita de hace tiempo, me hubiera dedicado una sonrisa tierna y coqueta de esas que dejan pendejo a cualquiera, pero era claro que esta no era la misma. Ella solo asintió, no sonrió ni nada.

Debí haber imaginado desde ahí que las cosas estaban mal, pero lo único que podía ver era a una compañera de la prepa dentro de un ataúd, un supuesto misterio tras su muerte y... y la belleza de Blanquita, o el simple recuerdo de

lo bella que ella era cuando salíamos.

2

Cuando vivía en España, cada día me despertaba, buscaba el perfil de Blanca en Facebook, navegaba por Twitter para encontrar una publicación de ella, esperaba ansiosamente a que subiera alguna fotografía a Instagram y, a veces, llamaba a mi madre solo para que me dijera cómo estaba mi Blanquita. Por supuesto, siempre estuve en ascuas, pues todo este tiempo fue como si Blanca Robles Xalostoc hubiera desaparecido de la faz de la Tierra, como si se la hubieran llevado los extraterrestres para procrear una nueva raza con carita angelical en su mundillo de sujetillos verdes. Ni mi madre sabía de ella.

A veces hablaba con Freddy y, si notaba que la conversación iba bien, le preguntaba por ella. Pero ese güey es como una tumba, apenas podía sacarle un «Ella está bien, anda ocupada con la escuela, no te preocupes». Lo malo es que lo decía como si ella fuera solo una amiga imaginaria y no quisieran decirme que no existía para no herir mis sentimientos. Sabe cómo es eso, ¿no?

Pinche obsesión cabrona que Blanca Robles me dejó.

Y luego, después de encontrarla por primera vez en tanto tiempo, de verla con la carita pálida, los ojos llorosos y la expresión muerta, fue como un putazo a la nariz, de esos que te sacan la sangre y no puedes respirar y te estás ahogando y te duele la cabeza y te agarra un vértigo...

Pobre Blanquita, ojalá pudiera hacer algo por ella, pensé pendejamente. Y digo pendejamente porque eso fue justamente lo que me trajo a este lugar, señor, a la delegación, con peligro a que ese hijo de puta del Gonzalo me demande por uso excesivo de la fuerza y quizá, hasta intento de homicidio. Porque usted lo conoce tan bien como yo, es un marica con todas las de la ley, el muy cabrón.

Pero, la neta, no me arrepiento.

—¿Entonces qué? ¿Le hiciste caso a Blanca Robles o no? —me pregunta el agente—. ¿Le ayudaste con sus sospechas?

Pues sí, al siguiente día del funeral, yo ya estaba sentado en una mesa de la cafetería del centro de Metepec esperándola. Y yo como que me la esperaba llegando con el vestidazo, el taconazo y los labios rojos, como si fuéramos a tener una cita romántica por las escalinatas del Calvario o por las callecillas laberínticas del centro. Pero no, llegó peor que el día anterior. Neta que no quedaba nada de lo que había sido mi Blanquita bonita. Traía uno de esos

pants de señora, de esos que parecen conjuntito el pantalón y la sudadera, unos tenis para gimnasio, el cabello amarrado en una cola de caballo y la cara lavada.

Recuerdo haber pensado que algo pasaba con ella, pero esa idea se me borró en cuanto me acordé de que hace unos días se había suicidado alguien y la pérdida se sentía cabrona.

—Flavio ¿qué tal? —Llegó directo a la barra con mucha naturalidad—. ¿Qué tal el día? ¿Si ha ido bien? ¿Sí? ¡Qué bien! Quiero algo dulce... Dame un latte con nuez de macadamia con leche de coco. El grande está bien, gracias. Y también un pastel de estos que tienes aquí. —Señaló algo en la vitrina y luego el sujeto le dijo algo sobre la dieta—. Para nada, Flavio, mi dieta consiste en comer todo lo que yo quiera y después irlo a bajar al kickboxing. Bueno, voy a sentarme.

Me saludó normal, como saludarías a un amigo más, solo un par de besos en las mejillas, una sonrisa ligera y ya. Parece ser que también esperaba más que eso... como si no hubiesen pasado dos años desde la última vez que supimos sobre el otro.

—Pensé que no vendrías —me dijo con voz muy seria—. Ayer me trataste como si yo estuviese loca o en negación.

Bueno, es que...

—No, cómo crees. Solo me tomaste con la guardia abajo. —Mentí—. Y bueno, tú decides, ¿cuál es el plan?

—Estaba pensando en entrar a su habitación y ver qué encontramos. Ayer le pedí permiso a Ivette y me dijo que nos iba a dejar las llaves con una vecina. Creo que hay un problema con el entierro... Ya sabes, como supuestamente fue un suicidio, no pueden dejar sus cenizas en las criptas de la iglesia, entonces se han ido a buscar un lugar.

—¿La cremaron?

—Sí, fue hoy —me dijo, bajando la vista para ocultar sus ojos llorosos—. Fui un rato, pero no me pude quedar mucho tiempo... Creo que solo soy un estorbo para ellos.

—No pienses así, estoy seguro de que los señores están muy agradecidos de que estés ahí...

Ella no dijo nada por un rato. No abrió la boca hasta que el café llegó y le dio un sorbo chiquito porque estaba caliente.

—¿Trajiste coche? —me preguntó.

—Me vine caminando.

—Perfecto, yo si traje el mío —dijo—. Y... ¿Qué has hecho?

—Pues nada, estudiar nada más.

—Me dijo Freddy que te fuiste a Madrid con tu tía —menciona medio recriminándome el hecho de que tenía que enterarse de mis asuntos por medio de otras personas—. ¿Qué tal has estado?

—No me quejo. —Mentí, la neta había estado hecho una mierda. Por momentos lograba recomponerme y sentirme mejor, salía con mis amigos y con las chicas que ellos me presentaban, me iba mejor en la escuela y hasta me animaba a ir a correr. Pero luego llegaba la depresión, y ese sí era un tiempo medio cabrón—. No es tan interesante como parece a simple vista. Deja de ser padre cuando ya no estás ahí de vacaciones y haciendo turismo. ¿Y tú? ¿En qué andas?

—Pues solo en la escuela, en el ejercicio... Hay una serie buenísima en Netflix que me tiene esclavizada...

Y entonces me empezó a contar sobre la bendita serie y así nos estuvimos casi una hora, hablando de películas, libros y televisión, como si eso fuese lo más importante en el mundo.

Cuando llegamos a la casa de los Moreno, fuimos recibidos por la señora Ivette, quien se había sentido mal y la habían mandado a descansar, pero «¿Quién va a poder dormir cuando lo único que ves cuando cierras los ojos es la carita de inocencia de Andy cuando era una chiquita? ¿Quién hubiera pensado que iba a vivir tan poco?».

—¿No quieren un tecito, un chocolatito o algo? Creo que aún me quedó algo del champurrado que me trajo mi hermana... —nos dijo, intentado mantenerse firme, aunque su voz aun temblaba, sus ojos seguían rojos y no podía parar de sonarse la nariz.

—No, gracias, no se moleste. Acabamos de tomar café, ¿verdad, Art?

Luego fuimos a la habitación de Andrea. Era la primera vez que entraba, por supuesto, aun cuando visitábamos a los Moreno yo no tenía nada que hacer ahí, pero no parecía ser el caso de Blanca. Ella sabía qué es lo que buscaba, y también dónde encontrarlo. Pudo haber disimulado un poco, meter las manos en los cajones, abrir cajas, hasta asomarse bajo la cama para despistar, pero no lo hizo, era como si Blanquita ya no tuviese nada que perder.

Esta no era la habitación de alguien con depresión, ¿sabe? Yo conozco muy bien cómo son esos lugares, siempre parecen cuevas oscuras y húmedas, dónde el Sol no ha llegado en mucho tiempo y la muerte se huele cerca. Aquí las paredes eran rosas, rosa mexicano, con múltiples posters de películas

japonesas, de los actores de la serie esa de cazafantasmas, fotografías con amigos... un librero lleno de libros, así como biblioteca, peluches sobre la cama, flores en la cómoda. Este era el cuarto de alguien que todavía planeaba vivir por mucho tiempo. Entonces comencé a comprender a Blanca, si la persona que ocupaba esta habitación era congruente a la decoración, sencillamente no había forma de que de un momento para otro haya decidido terminar con todo.

Blanca sacó una caja de madera del cajón del buró y se sentó en la cama para ver su contenido. Era como una de esas cajitas que todas las mujeres usan para guardar cartitas, fotografías y recuerditos inútiles como boletos del cine y esas cursilerías. Yo, como no quería meterme en la vida privada de alguien más, me alejé del asunto y me fui a perder el tiempo viendo los títulos de los libros. A Andrea realmente le gustaba leer, era todo un ratón de biblioteca, tenía de todo en ese rincón geek, desde libros de ciencia ficción, hasta libros de anatomía, comics, romances subidos de tono, el *libro Vaquero...*; Y justo cuando estaba por descartar la posibilidad de que hubiese algo realmente interesante ahí, noté que una hoja sobresalía de un libro de Julio Cortázar, era una fotografía.

Blanca Robles Xalostoc y Andrea Moreno Caballero aparecían en aquella foto.

Eran amigas, eso era claro.

Es obvio que debía haber un cierto nivel de cercanía entre ellas como para que Blanca se desviviera por demostrar que Andy no se había suicidado, pero nunca habría imaginado que ese nivel llegaría a una amistad tan profunda que se sacaban fotos juntas y las imprimían. Estás de acuerdo que ese tipo de cosas ya no se hacen con cualquiera, ¿cierto? Ahora todo es más práctico e impersonal. Si tienes cuates, te tomas selifies con él, pero no las imprimes, solo las mantienes en tu iphone, quizá las subes a las redes sociales con una anotación tipo #depocamadre #estacabron #tardemamalona #cancun. Pero no imprimes tu foto mal tomada con un cuate cualquiera, pasando una tarde cualquiera.

—Yo...—Ivette entró a la habitación con algo en las manos temblorosas, eran como unos folletos rosados—... encontré estos esta mañana cuando estaba limpiando.

Los dejó sobre la cama, encima de todos los papeles que Blanca había sacado de la caja y en cuanto los vio, palideció. Parecía que había sentido la muerte chiquita. Y bueno, la neta a mí también me dio algo así como una

taquicardia cuando vi aquello.

—¿Crees que estaba embarazada? —Blanca preguntó más nerviosa que antes.

—No lo sé... Ya no sé qué pensar —contestó Ivette al borde de la desesperación—. Ella... era tan brillante, tan linda, tan inteligente y con tan buen futuro. ¿Por qué se mataría? ¿Por qué se aventaría de un edificio? ¡Y ahora encuentro esto! ¿Qué es lo que ella escondía? —Respiró profundo, pero los sollozos habían vuelto y le era muy difícil recuperar la calma—. Ya no sé quién era mi hija en verdad...

Sin decir nada, tomé ambos folletos y los examiné, eran normales, un par de hojas de papel con información sobre clínicas de abortos y ginecología, con unas pequeñas anotaciones hechas a mano con indicaciones y precios.

—¿Tienen los resultados de la autopsia?

—No la hicimos. Mi esposo no quería que la abrieran y... ya sabes, que le hicieran todo eso que les hacen. Aparte, la causa de muerte era obvia, Andy... —contestó, pero no pudo terminar la oración por razones evidentes—. Blanca, tú eras su amiga, por favor, dime: ¿Ella salía con alguien o tenía un amigo que pudo haber...?

—La verdad no hablábamos de esos temas —contestó Blanquita—. Nunca me comentó nada, pero puedo seguir investigando y quizá alguien sepa algo.

—Por favor, Blanca, te lo suplico. Necesito saber...

Blanca me miró desesperada, con esos ojitos de perrito triste que sabía poner cuando quería que yo hiciera algo por ella. Pero esta vez no entendí que es lo que quería, porque fue algo así como enigmático, como si quisiera decirme algo, pero no supiera como. Justo como el día anterior en el velatorio.

—Vamos a seguir investigando, Ivette —le dije consolándola mientras Blanquita guardaba todo en la caja y lo metía en su mochila.

Habría estado muy culero que Andy se suicidara porque estaba embarazada, ¿no cree?

Y, pensándolo bien, era una teoría muy sólida. Esa era una explicación excelente de por qué una joven como Andrea, que lo tenía todo, se quitaría la vida. El tipo pudo haberla enamorado, la uso para su propia satisfacción, la dejó y ella se quedó con una *bendición* y la desesperación de la vida que le esperaba.

La gente hace pendejadas cuando está desesperada, eso es ley.

—¿Qué es lo que encontraste en la caja esa? —le pregunté a Blanca

cuando ya íbamos de regreso a Metepec. Ella había estado muy callada desde que salimos de la casa de los Moreno, pero eso era porque aún le costaba trabajo asimilar que Andrea, su amiga, ya no estaba y que se había ido con un suculento secreto que solo ella sabía.

—Son cartas. Cartas viejas de cuando íbamos en preparatoria —me contestó.

—¿A quién están dirigidas?

Ella me miró como diciéndome «¿Eres, o te haces?».

—¿A quién crees tú que estén dirigidas, Art? —bufó.

—Perdón, es que dijiste que eran de cuando íbamos en prepa... Pensé que...

—Qué ojete eres —me dijo con cierto desprecio—. ¿Tan difícil te parece pensar que a alguien le gustara Andrea en prepa?

—No me obligues a contestar eso —pedí—. Mira... Yo nunca pensé que era fea o... bueno, sí pensaba que era medio friki, pero no se trata de mí, sino de lo que veía. No es por nada, Blanqui, pero todos la molestaban... ¡Hasta tú lo hacías! No había una sola persona que la tratara bien o que mostrara algún indicio de que le gustara.

Blanca suspiró, sabía bien que yo no estaba mintiendo.

Andrea era el puerquito de todos y nadie hizo alguna vez algo por ayudarla. ¿Que si eso nos convertía a nosotros en una bola de cerdos malnacidos? Obviamente, pero ahora... ahora...

—Había alguien... —musitó Blanca—. ¿No te acuerdas?

3

El agente se acomoda la panza y se retuerce en la silla con incomodidad, luego me acerca el vaso de agua y le pide al uniformado, que no se había movido de la puerta en todo este rato, que me quite las esposas.

—Hay algo que no entiendo hijo: ¿qué es lo que tiene que ver Blanca Robles en todo esto? Porque puedo entender que por ella comenzaste con esta pendejada de hacerte el detective, pero...

Blanca Robles Xalostoc fue mi novia en la prepa, prácticamente el amor de mi vida. Ella tiene que ver mucho en este lío. ¿Qué cuando la conocí? Pregunta estúpida. Acabo de decir que la conocí en la prepa, exactamente en el segundo año, cuando a mi papá lo mandaron a Toluca por el trabajo. Antes de eso yo vivía en la Ciudad de México, cerca de Satélite. No hay mucho que contar sobre eso, lo bueno empezó aquel año, o más bien, aquel día.

Usted conoce bien el círculo social que existe en Metepec, es elitista como él solo, ya parece que se juntaron todos los mamones del país en una convención y decidieron hacer su comuna mamona alrededor del cerro de los Magueyes. Y hay de todo aquí, usted no me dejará mentir, no por algo se pasan los federales y la Marina por las calles como si estuviésemos en zona de guerra, ¿y no ha visto las camionetotas monstruo que van en caravana y repletas de guaruras? Pero ellos no son los del problema, sino esos nuevos ricos que se creen la gran caca porque salieron de la Agrícola Oriental, como quien dice, de la mierda, y ahora están codeándose con la crema y nata. El pedo con ellos es simple, se llenaron de dinero, andan forrados, pero si algo no puede hacer la lana, es darte la clase y la elegancia del nivel medio alto y alto. Punto.

Entonces, imagínese, yo llego al instituto con mi carita de defeño y mi acento chilango, me siento en un lugar vacío de hasta atrás y se me ocurre sacar un comic. Y obvio, entran estos mamones, me ven como carnada fácil y van tras de mí. Entre ellos estaba Gonzalo Robles, fue ahí cuando conocí a ese canalla. Ya sabe cómo es de imponente ese desgraciado, con su corte de militar, el cuerpo de tapón de alberca y sus rasgos güeros mala onda. Y luego, para acabarla de amolar, el pinche traía puesto el jersey del equipo de americano y una maletota de gimnasio.

No me quedaba de otra más que encomendarme a todos los santos y sacar el iPhone como prueba de que yo era podía ser uno de ellos. Y es que así funcionan las cosas, si la gente ve que traes la tecnología del año, los Rolex, los Adidas más caros del mercado y tu pants Abercrombie, ya la hiciste, eres uno de la manada wannabe. Lo mismo pasa con las señoras, ¿poco no ha visto? Para ser parte de la asociación de padres de familia tienes, por requisito, que tener una camioneta al estilo Town & Country, una Mercedes o un BMW que no pase de los dos años de antigüedad. Y las hijas de su madre se creen las dueñas del lugar, pasan por el estacionamiento hechas la madre, no les importa si atropellan a alguien o si se le metieron a la pobre mujer del Vento.

Yo apenititas me salvé aquel día, y solo porque de casualidad traía un iPhone reciente y porque parezco de dinero, pero si no, me habría tocado ser el nuevo barquito de toda esa bolita revoltosa traicionera liderada por Gonzalo.

—¿Qué onda, güey? ¿Qué lees? ¿Porno? —me preguntó, bajándole dos rayitas a lo gallito, pero aún con la desconfianza con la que tratas a un desconocido—. ¿No es muy temprano para andar con tus calenturas?

No contesté, solo me reí como lo haría un sujeto inteligente que sabía bien que Gonzalo se quería hacer el chistosito y mantener el control de la situación.

—Qué onda. —Me levanté tranquilo, como diciendo: «Venga, no te tengo miedo, ca...» —. Soy Arturo.

—Gonzalo. —Sonrió, cambiando su expresión de matón por la de un tipo super carismático y bonachón—. Y aquí, mis leales súbditos, Freddy, Diego y Martín.

—Sale, güey, ¿qué va a querer su majestad? —Freddy, el que se veía con más carácter de ahí, le contestó—. ¿Le lavo sus piecitos, mi Señor?

—Nah, porque luego chillas. —Soltó una carcajada burlona y me preguntó—. Vamos a ir a fumar, ¿te unes?

Mi instinto de sobrevivencia me obligó a aceptar.

¿Sabe cómo las mamás luego te dicen: «No tienes que tomar y fumar para pertenecer, mijito, si te ofrecen algo así, tu diles: no gracias...»? Bueno, ellas lo dicen porque no saben (o no se acuerdan) cómo es la vida en la preparatoria.

Un día alguien me dijo algo muy acertado: Entrar a la prepa es como si un día te despertaras y de repente te encuentras en medio de la selva en calzones.

Te esperan tres años de supervivencia cañona, te vas a topar con pumas, con arañas, con hiedras venenosas, con hongos de todo tipo, con el hambre de tres días, el calor, la humedad...

Y en la selva, o te adaptas o mueres. ¿Sí o no?

Entonces, fue ahí, en ese momento, cuando salí a fumar con Gonzalo y los súbditos, que la conocí.

Era totalmente diferente a lo que es ahora, ¿sabe?

Blanca Robles era una de las personas más influyentes en el instituto, si ella decía rana, tu saltabas. Y no era solo porque tenía una fichita como hermano, o porque tuviera tanto dinero que se daba el lujo de invitar las entradas para los antros (de hecho, ella era la típica mamona que no hacía fila para entrar, y a veces, ni siquiera tenía que pagar). Sabe a qué me refiero, ¿no?

Ella era como una diosa, con sus uñas de salón (gelish, le llaman), la ropa de marca, el cuerpo de ángel de Victoria Secret, con una sonrisa hipnótica, la elegancia de una princesa y la personalidad de Sandy, de Vaseline.

Aquella mañana ella estaba en el patio mirando nerviosamente a un sujeto que estaba confesándole su amor con un ramo de rosas. Blanquita miraba a todos lados, como si estuviese escondiéndose, y cuando vio en dirección a nosotros, casi se desmaya. Y bueno, yo habría hecho lo mismo si hubiera visto lo que ella. Gonzalo se convirtió en minotauro y corrió hacia el pobre sujeto, lo tacleo y luego le propinó tantos golpes que cuando terminó, no podía levantarse.

La neta, no entiendo por qué ese pobre diablo no levantó una denuncia en contra de él. Yo, en su lugar, lo habría hecho y después... no sé, creo la verdad no lo habría hecho.

—¿Qué diablos te pasa, Gonzalo?! ¡Él solo me estaba dando unas flores!
—Blanca le reclamó, para este momento, ella ya estaba llorando y temblando, con tanto miedo como si acabara de ver a la Llorona.

—¿Qué?! ¡Por qué lo defiendes?! —Gonzalo se levantó hecho una furia y le gritó, no le importó que estaba haciendo una escenita en pleno patio central—. ¿Te gusta, acaso? ¿Es eso?

Mi pobre Blanquita no sabía qué más hacer, se veía como conejito asustado... estaba tan mal, que se dejó caer al piso y lloró más fuerte. Y esto como que ablandó el corazón de Gonzalo, porque se hincó a su lado y la abrazó cariñosamente.

La escena me causó escalofríos, no miento.

—Ya, ya... Perdóname, Blanquita. No debí gritarte, no fue tu culpa. Yo le dije a este pendejo que no quería verlo merodeándote, no es como que tú lo hayas buscado, ¿o sí? Ya, ándale, levántate, hay que ir a clase.

Y ella obedeció, se puso de pie, aún entre sus brazos e hizo lo posible para dejar de llorar. Gonzalo le dio un beso en la frente, y justo en ese momento, se acercó Josefina, la hermana menor de Charlie, tomó de la mano a Blanca y se la arrebató a Gonzalo.

—Eres una mierda, Gonzalo —le dijo—. ¿Ya viste todo lo que causaste?

4

Cuando conoces a alguien y te da una primera impresión pésima, es fácil que comiences a pensar cosas que no son, cosas que están muy alejadas de la realidad, y te haces una idea equivocada sobre una persona que realmente no es peor que tú.

Aquel primer día en el instituto fue bastante instructivo, iniciando porque vi en primera fila lo que me habría pasado si no hubiese tenido la suerte de lograr que Gonzalo y su pandilla me vieran como un posible candidato a uno de los puestos del gobierno corrupto que ellos llevaban en la escuela. Es claro que yo hubiera quedado embarrado en el piso en calidad de papilla al instante en que mostrara mi debilidad, y eso solo habría sido el inicio. Creo que también fue suerte que ese pobre diablo se haya declarado a Blanquita en el patio, porque todo lo que me podían hacer a mí ya se lo habían hecho a él a primera hora.

Pero no es Gonzalo de quién hablo, porque él era fácil de leer. Desde el primer momento dio la impresión de ser un maldito canalla y eso es lo que era, no hay pierde. De quien hablo es de Blanquita, porque para mí era una niña consentida y débil, de esas que se ponen en la postura de «pégame, pero no me dejes». Y también, de las que sueltan el golpe y esconden la mano. ¿Y sabe por qué pensé que era de esas mujeres? Porque me recordaba mucho a mi abuela. Ella era así, le gustaba chingar y chingar a mi abuelo hasta que él se hartaba, se largaba a los bares y regresaba tan intoxicado que la confundía con monstruos y enemigos a los que tenía que derrotar.

Ya después me di cuenta de cuán equivocado estaba. Blanquita era solo una pobre niña que había nacido con la mala suerte de tener a Gonzalo Robles como hermano. Pero esa conclusión no llegó a mí en ese momento, sino hasta meses después. De todos modos, mi historia de amor inició ese mismo día.

La única clase que no compartía con Gonzalo era inglés, y eso porque nos dividían por niveles y, ¡Oh, sorpresa! Él no era precisamente un genio. Entonces, aprovechando la ausencia de su hermano, Blanca se acercó a mí y se presentó. No lo hizo amistosamente, tampoco con el interés superficial hacia «el nuevo», sino como quien va a saludar formalmente y a hacer una reverencia al nuevo secretario del rey.

—Te vi con mi hermano esta mañana —me dijo seca, mostrando el verdadero carácter de la mujer que gobierna este lugar—. ¿Quién eres? ¿Nos conocemos de antes?

—Soy Arturo. —Sonreí, intentando tragarme la timidez—. No creo que nos... ¿Estás bien?

Ella me miró confundida, como si realmente no se esperara esa pregunta, y luego ablandó la expresión por unos segundos. Creí que ella iba a relajarse un poco ya que había visto que yo no era una amenaza, pero en eso llegó Josefina.

¿Sabe que muchos dicen que Josefina Carso está mucho más buena que Blanquita?

Están ciegos, la neta. O bueno, quizá, así de primera vista, Josefina llama más la atención, pero nada más abre la boca y no mames...

—¡No sabes lo que pasó el jueves! —le dijo a Blanca—. ¿Te acuerdas de que fuimos a Gin Giin, ¿no? Pues resulta que después de que te fuiste, Diego se quedó con Carla porque ya estaba hasta las chanclas... No mames, güey, me siento un poco culpable. O sea, yo le dije a los papás de Carla que yo la iba a cuidar, güey, pero ¿quién necesita niñera a los diecisiete, güey? O sea, no. Aparte, yo ya estaba medio flama y la neta ya no quería quedarme en el rincón como inadapta social, güey. Bueno, resulta que Diego se ofreció a llevarla a su casa... ¡Y Carla nunca llegó a su casa! Su mamá me habló el viernes para preguntarme si se había quedado en mi casa y, ni modo de echarla de cabeza, tuve que decirle que sí, y que equis, estaba bañándose.

—Entonces... Carla y Diego se enrollaron... —Blanca dijo sin mucho interés en el asunto.

—Sí, güey, ¡y era su primera vez! —dijo—. ¡No mames, pinche Carla urgida! Yo ni drogada me metía con Diego, no me vaya a pegar un herpes o algo así... Ese tipo parece rana, saltando de cama en cama, güey. ¡Qué oso!

Por mucho me pareciera interesante que una tal Carla se había emborrachado y liado con un tal Diego el jueves pasado en el Gin Giin, yo ya quería que ese día de mierda terminara.

Y bueno, detrás de mí, a unas tres bancas estaba Andrea, la hija de la amiga de mi mamá, la niña con la que solía jugar a las muñecas y con la que le hacía coletitas a mi perro. Se veía igual que siempre, con su mirada inocente, con la nariz enterrada en un libro y con los lentes resbalando por el puente de ella. No era exactamente una belleza, pero coño, si la comparaba con Blanca o con Josefina, la verdad es que Andrea era un adefesio. Ella tenía muy buenos

rasgos, ya sabe, bonitos y grandes ojos castaños, una nariz recta, labios delgados y cabello brillante, pero como que no le ponía mucho empeño a su físico. Ni siquiera lo hizo en el primer día del semestre. La muy torpe, sabiendo cómo eran en el insti, se llevó un pants barato, de esos de los que consigues en el super, unos tenis medio cerdos y el cabello hecho una maraña.

Me pregunté si debía terminar mis asuntos con las fresas y saludar a Andrea, aunque sea por los viejos tiempos, pero inmediatamente comprendí lo que esa acción benévola significaría para mí a partir de ese momento, pues ya me había salvado de una paliza en la mañana, pero saludarla sería tentar mi suerte demasiado.

—Así que eres el nuevo amigo de Gonzalo... —Blanca me habló. Josefina ya se había ido al baño, creo, y ya no regresó a la clase.

—La verdad, no estoy seguro. —Suspiré—. Estaba con él porque me dijo que me invitaría un cigarro.

—Entonces eres el nuevo amigo de Gonzalo—aseguró, me miró unos segundos como estudiando mi fisonomía y sonrió—. No te ves del tipo de persona que se juntaría con mi hermano por puro gusto... ¿Cómo dices que te llamas?

—Arturo...

—¿Arturo qué?

—Arturo Montes de Oca Buñuel.

—Me gusta tu nombre —dijo completamente relajada, ya no era la misma arpía que parecía ser frente a la arpía mayor, ni la víctima del matón aquel, sino una simple chica bonita—. Yo soy Blanca Robles Xalostoc, es un gusto conocerte, Arturo.

Y fue ahí cuando caí rendido por ella. Sus ojos de gato brillaban como si fuesen un par de soles, su coleta de hermoso cabello rubio se balanceaba suavemente detrás de su cabeza y su sonrisa te llenaba el alma de una sensación parecida a la del amanecer más lindo que hayas visto en tu puta vida. Y luego su voz... su voz... su voz solo podía ser comparada con Clair de Lune de Debussy. Tenía un timbre rico en armónicos, un sonido suave, medio, con toques graves como los de una cantante de jazz.

Blanca ya no era la misma. La Blanquita que yo conocía era como un ángel que sonreía a pesar de que se lo estuviera cargando la chingada, que era tan amable que no podía decirle sus cosas al pendejo de su hermano y que se incomodaba ante las cotillas malintencionadas de Josefina. Lo que veía ahora en Blanca Robles era como a un muerto en vida, alguien que estaba dando su

última lucha por seguir adelante y cuya esperanza se iba yendo directito al carajo.

Sin embargo, no podía dejar de amarla.

Y quizá estoy medio estúpido, quizá me dio *toloache* o agua de calzón, pero no puedo evitar amarla más que antes...

Ya no dijimos nada sobre el posible amante de Andrea, pero la identidad del sujeto estaba en el aire. Y es que no se nos ocurría otra persona que hubiese sido lo suficientemente cojonudo como para ver detrás de la máscara de inadaptada friki de Andy más que alguien en específico, alguien que era tan bueno que no podía matar una mosca, alguien tan caballeroso que era capaz de llegar tarde solo por dejar pasar primero a todas las cien damas que llegaron detrás de él.

Con aquella idea en la mente regresamos a la cafetería, Blanquita sacó la caja de nuevo y la abrió, me pidió que tomara una carta y la leyera para corroborar nuestra teoría.

—Adorada Andrea, hoy he soñado contigo. Soñé que el receso era infinito y nosotros nos escapábamos al ágora para continuar nuestra conversación inconclusa de esta mañana. Sé que es algo tonto, mis deseos de estar contigo y escucharte hablar sobre autores románticos y esa novela que estás leyendo, el Castillo de Otranto, son tan fuertes que no me animo a desear una cosa más... —Leí intentando no vomitar arcoíris y miel—. Bla, bla, bla... Atentamente, C.C.

—Me va a dar diabetes.

—No seas amargada.

—No lo soy. —Blanca puso los ojos en blanco y cruzó los brazos.

—Entonces... ¿tienes envidia?

—Si la tengo es por tu culpa —acusó—. Nunca me escribiste una carta como estas... ni me dijiste que con solo hablar conmigo eras feliz...

—Blanca, por favor...

—Okey, okey, perdón. —Cerró la caja de golpe y me miró con frustración. Si supiera que yo me sentía aún más frustrado que ella...—. Entonces, ¿llamamos al enamorado secreto?

—Hay que hacerlo.

Charlie...

¡Ah, vale madre!

¡Carlos, Carlos, Carlos!

Ese güey aceptó reunirse con nosotros esa noche en el pub de las alitas que está por el Bora Bora. ¿Ya lo ubica? Sí, el que está arriba de dónde venden las hamburguesas bajando la iglesia del Calvario. Por su elección del lugar supuse que no se esperaba el interrogatorio al que lo sometimos. Es más, no creo que pudiera imaginarse que Blanquita y yo habíamos descubierto su secretito.

¡Ándale cabrón, ya lo sabíamos todo!

Y mi Blanquita llegó vestida como antes, con un vestido pegadito, el taconazo y el cabello suelto acomodado como una de las chavas de Instagram, que le hace así quién sabe cómo que se ve bien sexy. Pero eso sí, ella seguía manteniendo el luto con el color negro.

Ella pidió una cerveza y alitas de chili, las que no picaban tanto, y luego sacó una Tablet de su diminuta bolsa de piel de cocodrilo y abrió el correo, luego me lo enseñó.

—Lee esto antes de que venga Charlie —me ordenó.

—Andrea, lo he pensado seriamente durante todos estos meses que hemos estado separados y lo nuestro no va a funcionar. La verdad ya no me siento a gusto contigo, eres aburrida y nunca estás cuando yo necesito a alguien. Por favor, deja de escribirme, ya no voy a contestarte más. Buena suerte en tu vida, C. C.—Leí—. ¡Perro!

—¡Güey, tú no tienes derecho a criticar! —Blanca me gritó porque ya le habían subido a la música—. Prefiero que corten conmigo claro y en corto a que de la noche a la mañana desaparezcan y disque «se vayan a España con su tía» ...

—Así no sucedieron las cosas, Blanca...

—¡¿Qué?! —ella exclamó y cruzó los brazos—. ¡Te fuiste, Arturo! ¡Te fuiste y me dejaste! ¡Niégamelo! —Se calló por un segundo mientras el mesero dejaba las bebidas sobre la mesa y luego siguió—. A la mañana siguiente... a la mañana siguiente fui a buscarte y tú... y tú ya te habías ido, ¿Sabes qué se

siente que te dejen solo en el peor día de tu vida? ¡¿Sabes qué es el no poder recurrir a nadie?!

Sus ojos brillaban con furia, sus músculos se tensaron como si estuviera luchando por contenerse, hasta su mandíbula estaba apretada como si mordiera su lengua para no decir nada más.

—¿En serio la dejaste así nomás? —me pregunta el agente—. ¿Dejaste a una mujer como Blanca Robles así, de la nada? ¡No maa...! No cabe duda que uno hace pura pendejada cuando está chavo...

¡Lo sé! ¡Lo sé! ¡Me fui! No dije nada y me... me fui.

Ni siquiera me pasó por la cabeza luchar por ella...

Por eso no tenía cara para pedirle perdón, porque yo no tenía perdón. No me merecía el amor de Blanquita, ni siquiera me merecía estar sentado en la misma mesa que ella, ni que me hubiese elegido para investigar la muerte de Andrea, ni nada...

—No es lugar para hablar de esto —dijo ella después de respirar profundo y tranquilizarse, aún temblaba por la ira contenida, pero ya no tenía intenciones de armar un alboroto—. En cualquier momento llega Charlie... Y... ¿Tienes novia en España?

—Blanca, por favor.

—Está bien, está bien. —Puso los ojos en blanco y le dio un buen trago a la cerveza.

—¿Cómo encontraste esta carta? ¿De cuándo es o qué? ¿Es de este mes?

—Me metí a su correo, no fue tan difícil adivinar su contraseña —contestó—. Tiene más cartas, pero todas son como las de la caja: cartas de amor al estilo «te extraño, no puedo más que contar los días para volverte a ver y poder abrazarte...». La verdad, no sé cómo pasó de derramar miel a terminar con ella de esa forma en tan solo un par de semanas. O sea, los hombres pueden ser basura y andar con dos al mismo tiempo y decirles cosas bonitas a ambas, pero...

—Ese no es el estilo de Charlie. Si es que él es el enamorado secreto de Andy, no hay forma de que haya hecho algo así de vil. Ya sabes cómo es, es un pan.

—¿Quién es un pan? —La voz de Carlos se escuchó entre la música detrás de nosotros.

—¡Qué onda, güey! Siéntate, ¿vienes de la oficina?

—Sí, sí. Está pesada esta semana por eso de que me tengo que poner al corriente con los últimos meses que estuve en las misiones. Mi papá no me

deja tranquilo. Apenas pude escaparme un rato para venir esta noche — contesta y luego le hace una seña al mesero para que venga a tomar su orden —. ¿Y qué onda? ¿Para qué soy bueno?

—No, pues que Blanca dice que Andy no se suicidó...

—Cha, tú estás de acuerdo conmigo, ¿no? Es prácticamente imposible que Andy hubiese tomando una decisión como esa. —Blanca me interrumpió, no sin antes soltarme un codazo bien dado.

Carlos tenía algo que decir sobre eso.

A huevo.

Le cambió la expresión en ese momento, borró la sonrisa de superhéroe, el cairel del copete se le alisó y frunció el ceño.

—Me dijeron que andaban metiendo la nariz en estos asuntos —dijo en voz grave—. ¿Qué han descubierto?

Blanca inmediatamente le mostró el correo que habíamos leído.

—¿Alguna idea de quién es C.C?

—¿De dónde sacaron esto? —nos preguntó, ignorando cínicamente la pregunta que se le había hecho primero.

—Del correo de Andy, ¿de dónde más? —Blanca se inclinó hacia enfrente recargando su cuerpo en la mesa—. No te hagas, Char, sabemos que eras tú quien le escribía cartas de amor a Andy... y, por consiguiente, eres el autor de esta descortesía. Por Dios... ¿Cortar por email?!

Charlie, digo, Carlos palideció entre las luces rojizas del lugar.

—Mira, sí. Si envié cartas a Andy, y anduvimos por un tiempo, pero de repente terminó conmigo... de un día para otro dijo que ya no quería saber nada de mí y que ni me molestara en llamarla cuando regresara a México. Yo no escribí esto... ¡Yo la amo! La... la amaba.

Esto era raro.

Claramente elegí la opción de creer todo lo que Carlos decía. Él era mi amigo y nunca me mentiría, estoy seguro de eso.

—¿Lo hizo por correo? —le pregunté.

Él asintió.

—Está bien. ¿Quién más sabía de tu relación con Andy?

—Nadie, güey —dijo alzando la voz—. Ella me dijo que quería mantenerlo en secreto porque no quería estar en boca de todos. Ya saben cómo son las viejas chismosas de por aquí.

—Y Josefina, ¿también se lo ocultaste a ella? —Blanca le preguntó—. ¿Estás seguro de que no sospechaba nada?

—No le dije nada, pero como que sabía que yo andaba con alguien... No creo que ella supiera que se trataba de Andy.

—Charlie, deja de subestimar a Josefina —Blanquita le dijo, casi dándole una cachetada guajolotera para que reaccionara—. Si dices que ella sospechaba que tú andabas con alguien, ten por seguro que descubrió tu romance con Andy. Es obvio, no es la primera vez que hace algo así. Ella fue la que envió esta carta para que Andrea pensara que la dejabas y también te envió una a ti haciéndose pasar por ella. Hizo lo mismo con otras personas...

—¿Por qué Jose haría algo así? —Charlie preguntó inocentemente. Él será muy noble y toda la cosa, pero es un pendejo en cuanto a la maldad de su hermana—. Si ella se enterara de que yo andaba con Andy... a ella no tendría por qué incomodarle.

—Char, ¿eres o te haces? —Blanquita bufó asombrada—. ¿Crees que Josefina estaría tranquila de que tú anduvieras con Andrea, a quien dedicó todos los días de su existencia para joderla en todas la formas posibles? Se nota que no conoces bien a tu hermanita, Charlie. Ya mejor abre los ojos o seguirán pasando cosas como estas.

Estaba claro que Josefina estaba envuelta en este asunto. Ella es una arpía, es una de las mujeres más peligrosas que yo he conocido en mi vida, y eso no es exactamente algo bueno o algo de qué estar orgulloso. Ella es de esas personas que pueden asesinar a alguien y después ir a comer al Cambalache como si nada.

—¿La estás acusando de algo? —me pregunta el agente y yo suspiro con desolación.

Por desgracia, no tengo forma alguna de comprobar que Josefina haya hecho algo más grave que algunas falsificaciones y pequeños fraudes, por lo que no puedo acusarla de nada, más que de ser una perra.

—¿Alguna vez te acostaste con ella? —le pregunté a Carlos.

—No, güey, aún no llegábamos a eso —me contestó—. Tú la conociste, sabías que tenía muy arraigado eso de llegar virgen al matrimonio y esas mierdas. Yo no quise presionarla con el asunto y también por eso decidí irme a las misiones, ya sabes, para no tener la tentación tan cerca.

Pinche Carlos Carso Buen Alma, el que no mata ni una hormiga, el que le da sus zapatos Armani al mendigo y su *Gansito* al niño de la calle. No lo sé, señor, pero créame: lo más seguro es que Carlos ahorita este buscando un abogado para sacarnos de aquí a Freddy y a mí.

—¿Y qué paso luego, carnal? ¿La Carso si tuvo que ver con lo de las

cartas? —me cuestiona el agente.

Si, ya después le pregunté y aceptó haberlo hecho. Cínica, cínica la canija. Pero lo que pasó después no tenía nada que ver con Josefina, sino con Blanca. Gonzalo, su hermano, le llamó por teléfono y ella salió a la terraza a contestar. Él escuchó la música de fondo y le preguntó a Blanquita dónde estaba... ya sabe, así como novio celoso o algo más perverso, pero la neta ya se me hacía normal ese asunto porque siempre ha sido así ese cabrón. Entonces ella le responde: «Estoy con Charlie en las alitas. No voy a llegar hoy». Él, claro, le contesta hasta de lo que se va morir y le dice claramente: «Mejor ten cuidado, Blanquita, porque ya sabes lo que pasa cuando andas de puta».

Usted no puede imaginarse lo que sentí en ese momento. La neta quería agarrar a ese malnacido y partirlo en pedacitos y luego echarles su carne putrefacta a los coyotes. No manches, las tripas se me hacían nudo y la sangre me hervía.

Ese hijo de puta...

—Y bueno, la *bendición* de Andrea Moreno, ¿De quién era? —me pregunta el agente.

—De nadie —le contesto—. Nunca estuvo embarazada, los folletos eran de alguien más... Solo... Solo déjeme seguirle contando que ya llegaremos a eso.

6

Charlie siempre ha sido todo un caballero, un hombre modelo. Obviamente, cuando estamos en la pendeja lo molestamos con ello, le llamamos «principito», «príncipe», «Santa Teresa» y otros apodos poco originales que se nos ocurren al momento. Pero lo único que mostramos ahí es nuestra envidia, porque nosotros no tenemos el valor, ni el interés necesario para comportarnos como él.

Por eso es por lo que Blanca tiene razón en todo lo que me reprocha, en que nunca le escribí una cara, que no era lo suficientemente protector con ella, que la dejé tirada a la primera en que tuvimos un problema grave, que me fui a España y no le dije nada.

Ella tiene razón, yo soy una mierda.

¿Qué cómo es que pude andar con ella?

Pues fue algo así como un milagro, o un regalo del cielo, así como si Diosito hubiese dicho: «Este está muy pendejo, voy a concederle que ande con Blanca Robles para que aprenda de la vida y después, cuando la cague, aprenda un buen par de lecciones».

Todo empezó con esa pequeña conversación que tuve con ella en la clase de inglés. Ahora que lo pienso bien, solo había dos posibles explicaciones por las que ella comenzó a hablarme. La primera, y la que quiero creer porque me hace sentir bien es que era bien carismático, así como el de Escuela de Rock, ¿ya sabe cómo? No importa que esté para llorar de feo, con que tenga buen verbo y me maneje con seguridad, las traeré a todas cacheteando el piso. Y bueno, la segunda es que ella estaba desesperada por encontrar a alguien con quien coger regularmente y que no le contagiara una ETS. El tipo rarito de los comics, los lentes de nerd y el porte de perdedor era la opción más viable porque seguramente era virgen.

Y bueno, no estaba tan equivocada, la neta.

La cosa es que, a partir de esa primera clase, siempre buscó la forma de sentarse a mi lado. Al principio me vino valiendo todo esto de que no fuese discreta con eso de echarme los perros, pero ya después se fue haciendo un problema para mí, porque de alguna forma siempre llegaba a los oídos de Gonzalo y siempre me ganaba una buena amenaza. Según él, me arrancarían los

testículos de un solo movimiento si me le acercaba a su hermana. Pero ¿qué le podía decir? ¿que era ella quien se acercaba a mí?

Dejando a ese maldito de lado, Blanquita me parecía muy tierna con todo ese elaborado plan para conquistarme. Algunos días, cuando nos tocaba llevar el uniforme de gala, la cachaba abriéndose la blusa discretamente y, como se sentaba atrás de mí, cuando me hablaba (y yo, todo pendejo, volteaba), se recargaba sugerentemente en la banca, inclinándose ligeramente hacia mi y mordiendo la pluma.

Y solo porque estoy bajo juramento voy a aceptar que lo único que quería hacer en ese momento era tirármela ahí mismo, tan duro que no le quedarían ganas de volver a abrirse la blusa en la clase de inglés.

Es que neta, ¿no se daba cuenta de lo que podía provocar?

Y otras veces le daba por hacerme cosquillitas en el cuello con un mechón de su cabello. No paraba hasta que yo tomaba su mano y hacíamos fuerzitas para que la soltara, pero ella no luchaba lo suficiente y yo terminaba mordiéndola o simplemente la soltaba para que volviera a hacerlo.

Ella empleaba su imaginación para inventar jueguitos con los que nos mantuviéramos tocándonos sin que llegáramos a dejar todo y agasajarnos en media clase (aunque ganas no faltaban). Y es que, para ese entonces, la tensión sexual era poderosa. Apenas nos veíamos y ardía Troya. Aparte, no solo estaba buenísima, también era muy fácil hablar con ella. No era de esas mujeres que quieren que las escuches 24/7, tampoco hablaba de cosas superficiales como los tratamientos de belleza y esas mierdas, sino de asuntos más interesantes como de la nueva canción que escuchó en el radio y se pasó media tarde buscándola en Youtube, de la película que vio la noche anterior en la televisión, de alguna *patoaventura* con Gonzalo, cositas así, y el resto del tiempo yo tenía la palabra. Me preguntaba de todo, de mi familia, de comics, de mis intereses...

Blanca Robles era la mujer perfecta.

Y aún lo es, a pesar de cómo han resultado las cosas.

Ahora que me acuerdo, yo estaba hablando de Charlie y su complejo de príncipe encantador. Pero ya me acordé porqué me distraje con Blanca.

La cosa es que uno de esos días, antes de que la situación entre nosotros se resolviera, cuando aún estábamos con nuestros jueguitos infantiles y aguantándonos las ganas de besarnos como en las películas, nos quedamos solos en el salón después de clases porque habíamos sido elegidos para recoger la basura y ordenar las bancas.

Como era costumbre, ella inició el juego, recogió una bola de papel del fondo de salón y la lanzó al bote de basura, encestando perfectamente, luego me miró con esa sonrisa pícaro que tanto me encantaba y me dijo:

—Te reto a superar mi récord. Lanza la basura hasta el bote, si enceastas, es un punto, si fallas, te dejarás rayar la cara con el plumón del pizarrón.

Y comenzó la batalla, pero era inútil competir contra ella en algo así porque ella, en ese entonces, era la capitana del equipo de baloncesto de la escuela y su puntería era impecable. Era obvio que yo terminaría perdiendo, pero ese no era el caso. Cuando ella se acercara para rayarme la cara, yo podría abrazarla y quizá, casualmente, besarla.

De todos modos, estábamos solos, Gonzalo estaba en el entrenamiento y la escuela estaba casi vacía.

Las cosas salieron como tenían que salir, ella se acercó con el plumón a paso lento, como un gato, alzó la mano y yo se la detuve, comenzamos a forcejear y así, como por arte de magia, nos besamos. O bueno, eso hubiera estado bien, porque cuando estábamos así de cerquita, escuchamos un tumulto afuera del salón.

—¿Quién te crees tú para dejarme en ridículo? —dijo una, cuya voz se parecía mucho a la de Josefina, pero no podía ser ella porque hablaba como verdulera.

—Yo no te hice nada, ¿de qué estás hablando? —Andy le respondió, estaba asustada pero no planeaba doblegarse tan rápido.

—¡Ja! ¿Qué no me hiciste nada? Mira, pendeja, no te hagas la tarada porque conmigo no te va a funcionar.

Blanca me miró con los ojos como platos, y la carita como jitomate, roja, roja.

—Te voy a recordar lo que me hiciste —dijo—. Me dejaste en ridículo con Marco y Juan Pablo, ¡eso hiciste!

—Pero ¿por qué? —Andy le preguntó confundida—. Ellos solo me preguntaron si podía ayudarles a estudiar para el examen de literatura.

—Ellos estaban conmigo, no tenían por qué preguntarte a ti. Lo que pasa es que estabas coqueteándoles, como la zorra resbalosa que eres —contestó, tan irreverente como siempre—. Pero no te hagas ilusiones, ellos nunca se fijarían en ti.

Aquí, si no malinterpreté lo que podía ver desde el reflejo del cristal de la puerta, Josefina estaba jalándole el cabello a Andrea, así como cuando en la tele agarran a alguien del cuello de la ropa, pero con la diferencia de que a

Andy se la estaban desgredando.

Me hubiera gustado decir que Blanca y yo nos pusimos la capa de superhéroes y salimos al rescate de Andrea, pero no, nosotros éramos tan escorias como Josefina por no ayudarla. Nos quedamos ahí, escondidos en el salón, sin hacer el menor ruido.

—¿Qué estás haciendo, Jose? —Charlie llegó, se escuchaba un enojo real en su voz—. Juanito llegó hace diez minutos y ya hasta tuvo que estacionar el coche porque tú no sales. Ándale, ya ve por tus cosas y súbete al coche. — Esperó a que su hermana se alejara y luego suspiró para dejar salir toda la rabia—. ¿Estás bien, Andy? ¿Qué fue lo que te hizo?

—Nada, solo me jaló el cabello, pero no es nada.

—¿Cómo que no es nada? —Bufó—. No deberías dejar que te trate de ese modo... Voy a hablar con ella, esto no puede seguir así.

—¡No! ¡No, no lo hagas!

Andy era inteligente. Sabía que, si Charlie hablaba con la loca esa, las cosas se pondrían peor, se la agarraría más feo de lo que ya lo hacía. Y Carlos, bien en el fondo, también lo sabía, por eso realmente nadie enfrentó a Josefina.

Nadie, más que la propia vida.

Blanca fue a mi casa al día siguiente, justamente cuando mi mamá se había quedado de ver con la señora Moreno en la iglesia. Y para acabarla de amolar, llevaba una faldita de esas de mezclilla que la hacen ver más sexy que nunca. También con su lacio cabello rubio suelto y con un delicioso aroma a primavera.

Lo que la salvó —y también a mí—, fue que llegó como rayo, como quien acaba de recibir la noticia de su vida, como conejito a rebosar de Redbull. Hasta me costó trabajo calmarla para que me dijera el motivo de su visita.

Ya después le pregunté a dónde había ido la noche anterior después de vernos con Charlie, y me dijo que se había quedado en el antiguo departamento de su papá, donde el señor Robles se quedaba después de que su esposa lo cachara cogiéndose a la socia asiática de su empresa. A los mellizos Robles no les gusta ir ahí porque les recuerda aquellas peleas interminables y violentas que sus padres les hacían presenciar cuando eran niños, y también que su papá los había abandonado por una nueva familia de ojos jalados.

Pero esa noche, Blanquita prefirió quedarse ahí, en el infierno chiquito, que ir a casa dónde Gonzalo la esperaba con sus rarezas. Ese hecho debió ser uno de los tantos indicadores que encendieron mis alarmas de peligro, pero como estoy bien pendejo, y más se me paraliza el cerebro cuando estoy viendo a Blanca, lo pasé por alto. Y bueno, también influye mucho que yo siempre he sabido que Gonzalo es un hijo de puta y no debe ser extraño que ni su hermana quiera pasar el rato con él.

—Encontré algo en la casa de Andy —me dijo sacando un cuadernito naranja de su bolsa—. Es un diario de cuando íbamos en prepa.

—¿Y dice algo de Charlie? —pregunté sin mucho interés en el tema, mi atención estaba centrada en las piernas de Blanca y cómo se relamía los labios al hablar.

—Pocas cosas; que le parece guapo, que la salvo de esto, de aquello, que tuvieron una especie de cita... Nada interesante. Son tan santurriones que me hacen sentir como una verdadera puta. —Suspira—. Lo que interesa es un pequeño apartado que habla de Josefina.

—¿Y qué dice? ¿que realmente no es tan mala? ¿que es solo un alma

incomprendida? —Me burle—. Si no mal recuerdo, eso es lo que tú me dijiste hace tiempo.

—Estaba cegada por los años de amistad, Art. —Pone los ojos en blanco y me mira seriamente—. ¿Quieres que lo lea? —Yo asiento en silencio—. Bien. Aquí voy. «Hoy he escuchado varias cosas en el baño que preferiría nunca haberme enterado. Aunque creo que fue como una revelación divina, enviada directamente por Dios, para poderme defender de Josefina más tarde. Cuando entré al baño, escuché que alguien estaba vomitando en el cubículo del fondo y alguien más estaba en el de al lado. Primero pensé que le había caído mal la comida, pero después me di cuenta de que ese no era el caso. La otra persona, quien después descubrí que era Yolanda, le dijo a quién vomitaba: “Pensé que ya no estabas haciéndolo...”. Entonces la otra contesta: “No, güey, si no lo hago, me voy a poner toda cerda y Costel ya no me va a pelar. ¿De qué sirve dejar a tu esposa gorda por otra más gorda? Ni que fuera Botero, güey”.

—¡Para, para, para! —La detuve—. ¿Andy sabía que Josefina andaba con el profe Costel?

—Eso dice aquí —me contesta—. Y no me parece tan raro. La neta, creo que todos sabíamos, solo que nadie se atrevía a hablar de eso. La cosa es que Josefina se dio cuenta de que Andy había escuchado todo eso y por eso comenzó a molestarla. La amenazaba con hacer que corrieran al señor Moreno de su trabajo y otras cosas más si se atrevía a abrir la boca.

—Está bien demente tu amiguita, Blanca.

—Ya no es mi amiga, Art —me dijo muy seria.

—Entonces, ¿crees que Josefina tuvo algo que ver con el suicidio de Andrea?

—No sé, la verdad. En primera porque yo sé que no fue un suicidio. Que quizá ella tuvo algo que ver con su muerte, es probable.

—Y bueno, ¿encontraste algo sobre el embarazo?

—No. Nada. Creo que murió virgen... literalmente.

—Pero los folletos...

—Arturo, hay muchas explicaciones probables para eso. Pueden ser de una amiga, o quizá alguien se los dio en la escuela, o a lo mejor pasó a un lado de la clínica y se los dieron.

Ese tema de los folletos cambió su semblante de golpe, y a mí lo que me extraño fue que el día anterior no me dijera que había encontrado el diario en el cuarto de Andrea, aunque ambos habíamos ido a buscar pistas.

Soy un pendejo, ya lo he dicho.

Entonces, ahí voy a hacer muestra de mi estupidez.

—¿Por qué no me contaste sobre el diario ayer?

Ella me miró sorprendida, como si no se hubiera visto venir que yo notaría un detalle como ese.

—Quería asegurarme de que tuviera algo de ayuda antes de exponer sus intimidades —contesta—. Si yo muriera, preferiría que mis secretos se fueran conmigo a la tumba. Solo quise ponerme en su lugar.

—Pero fuimos juntos, Blanca. —Recriminé, como pendejo buscando bronca—. Bien podías haberme dicho: «Encontré este diario, pero deja que yo lo lea primero para ver si tiene algo que nos sirva. No quiero que los secretos de Andrea anden por todos lados». Pero no, Blanca, preferiste esconderlo y ahora vienes a decirme solo una parte de la información que seguramente tienes ahí. Ya, la neta, si no confías en mí, ¿para qué quieres que sigamos con esto?

Ella se quedó callada, mirándome con los ojos cristalinos, con la boca a punto de estallar y el corazón latiéndole con rabia.

—Dime, ¿confías en mí?

Me miró un segundo más, ahora con decepción.

—¿Sabes qué? —Se levantó, guardando el cuaderno en su bolsa—. Fue un error pedirte ayuda. Gracias por soportar mis delirios, Arturo. Ya no te voy a molestar más.

Y puff, se esfumó.

Y claro, se llevó bien guardadito el diario.

Fui a visitar a Freddy a su trabajo al día siguiente con la intención de invitarlo a tomar unos clamatos en el puesto que está frente al restaurante dónde venden la pancita. ¿Ya sabe cuál? ¡Ándele, sí! Ese que está sobre San Isidro, casi llegando a Pino Suarez. Y el gimnasio dónde trabaja Fred está por ahí cerca. Sabe que es entrenador de crossfit mientras le aceptan las licencias para pelear profesionalmente.

Cuando llegué, el guapo estaba enseñándole a una chava cómo levantar correctamente una pesa de esas... no sé cómo se llaman, ya ve que yo no soy exactamente un *tipo* de gym; pero yo lo vi con mis propios ojos, vi que mientras le enseñaba, se echaba un buen taco de ojo porque la chavita no estaba de mal ver. Y eso que solo había podido verla por detrás.

—¡Qué onda, güey! —Me acerqué, con la doble intención de ver de cerca al pedazo de cielo que estaba levantando pesas—. ¿A qué hora terminas, mi Freddy?

—En diez, güey —me dice, entonces la chava se voltea y ¡puff! ¡No mames! ¡Estaba buenísima!

—Hola, soy Arturo, amigo de este inútil. —Me presento en cuanto me sonrío.

—Carolina, mucho gusto —me dice, estrechando mi mano. Yo no podía quitarle los ojos de encima, era de esas chaparritas, bonitas, menuditas, con cuerpo de gloria y unos ojazos castaños de ensueño. Claro, no tan bonita como mi Blanquita.

—Caro, ya párale aquí. Has solo cuatro series de quince de las rotativas con la pelota —le indica, más por quitarle las moscas que nada. Y ella se va a hacer las llamadas *rotativas*... (quién sabe qué mierda es eso). Una vez está lo suficientemente lejos para no escuchar, Freddy me mira con desaprobación—. No güey, no te pases.

—¡¿Qué hice?!

—No te hagas pendejo...

—Mira, güey, no es malo observar las maravillas de la vida porque para eso están.

—Ya no te juntes con Gonzalo, ca' —me dice—. Ya se te está pegando

lo... ya sabes tú cómo es. —Toma aire, se rasca la cabeza y me mira serio—. Carolina es una de las conquistas de Gonzalo, güey. De hecho, fue él quien la mandó. El muy puto le dijo dizque estaba gorda. ¿Puedes creerlo, Art? Pinche Gonzalo, a veces me dan ganas de darle unos putazos bien dados... solo me detengo porque pierdo la licencia.

—Ya sabes que es un hijo de su madre, el güey.

—Y bueno, ¿qué te trae por aquí?

—Quiero invitarte formalmente a...

—No puedo tomar esta semana, tengo una pelea el sábado. —Me interrumpe—. Vamos por unos chescos, o un café y va, ya está.

—Ya parece cita, güey. Dime la neta, ¿me quieres dar?

—Sí, güey. Duro contra el muro. Estás bien bueno, mi rey.

—¡Pinche gay...! ¡No sé cómo puedo ser tu amigo!

—Me amas, pendejo, por eso no te vas —contesta con una sonrisa confiada en el rostro moreno y demacrado de boxeador.

—Bueno, sale. Solo porque te amo, voy por unos tacos y tu refresquito, y comemos aquí —le digo.

—Sale y vale —contesta—. Yo voy a despedir a Caro mientras tanto. No te tardes, cariño. —Hace la voz rara e intenta darme un beso, y yo lo aparto con un manotazo.

—¡Ya, aléjate, demonio!

—Eres bien pinche raro, *Arturitu* ¡Ya lánzate por los tacos, mejor!

Me tardé unos veinte minutos, y esperaba llegar y encontrar a Freddy quejándose de que me tardé mucho. Pero ojalá me hubiera tardado más, porque cuando llegué, Fred, Gonzalo y Caro estaban platicando en la entrada. ¡Me llevó la que me trajo!

Como iba caminando, pues ni cómo esconderme, entonces me agarré bien los huevos, me ajusté el cinturón y me acerqué como pendejo valiente, de esos que siempre terminan a dos metros bajo tierra.

—¿Arturo? Pendejo, ¿eres tú? —Gonzalo me recibió como si no hubiese pasado nunca nada, como si yo aún fuese su mejor amigo, su perra más obediente. Caminó hacia mí con los brazos abiertos y me abrazó. Pinche abrazo de Judas, me cae—. ¡Estás vivo, güey! ¿Por qué no hablaste en todos estos años?

Yo no dije nada porque lo que saldría de mi boca sería ofensivo y las cosas no saldrían bien. Así que, por el bien de todos, solo le seguí el juego al bipolar este.

—¿Ya conoces a Caro? ¡Caro, ven amor! —La chava se acercó a regañadientes, pero con una sonrisa falsa bien deslumbrante—. Él es mi mejor amigo de la prepa, de quien te conté la otra vez.

Pinche misterio.

¿Qué le habrá dicho de mí?

—Si, nos conocimos adentro, amor —ella le dijo, claramente incómoda. Gonzalo la abrazó de la cintura territorialmente—. Oye, babe, tengo que llegar a mi casa antes de las siete para alcanzar a mi hermana... ¿Quieres quedarte con tus amigos y que me vaya sola? Puedo pedir un Uber.

—No, amor, dame un segundo y te llevo. Dijiste que tenías casa sola, ¿no? —Le dio un beso en la mejilla y le dio las llaves del coche—. Adelántate, solo me despido, ¿ok? —Ya cuando se fue, el cerdo dice—. ¿Ya viste la joyita? ¡Y eso que no has visto a su hermana!

Hijo de su puta madre.

Me hirvió la sangre. Era increíble...

Increíble que yo haya sido amigo de esta escoria. Increíble que Blanquita haya compartido el vientre materno con esta basura.

Lo bueno es que no quiso quedarse, la alternativa de tirarse a la más chica de las hermanas era demasiado tentadora como para decidirse por pasar la noche con nosotros.

—Puedes pegarle al costal si quieres, güey —Freddy me dice cuando el imbécil ese ya se había ido—. Parece que vas a estallar como olla exprés.

—¿Es neta que Gonzalo no sabía que yo estaba en México? —le pregunté, ya más tranquilo.

—Blanca nos hizo a Charlie y a mi prometerle que no le diríamos nada a su hermano —contestó—. Y después de lo que pasó, nadie tiene ganas de decirle a Gonzalo que estás aquí.

—Bueno, pues ya lo sabe.

—Y Blanca me va a matar.

—No eres el único al que va a matar —le digo—. Ayer me peleé con ella por una estupidez, y no sé con qué cara ir y pedirle perdón.

—¿Qué le hiciste, tarado?

—La neta, solo le eché bronca porque fuimos a la casa de Andrea a buscar pistas y ella encontró un diario y me lo ocultó. Una verdadera pendejada.

—Ah, si... Que están con eso del jueguito de los detectives... ¿Y qué? ¿Vas en serio con ella? Porque ya, hablando en serio, güey, ya pasaron dos

años desde que ustedes cortaron. Muchas cosas pueden pasar en estos años.

—Lo sé.

—Sé honesto conmigo: ¿tú la quieres? ¿En serio la amas como para... no sé, jugártelo todo por ella?

—Sí, desde el principio ha sido así y no he dejado de quererla.

—Entonces... —Él apartó la mirada, suspiró y luego volteó a verme, pero había algo raro en sus ojos—. Por favor, Art, te lo pido como amigo de ambos, como un hermano; porque ustedes son como hermanos para mí... Llévatela de México.

—¿Qué? ¿Por qué...?

No mames, casi me cago encima del pinche miedo que me entró.

—Mira, solo es un presentimiento, no quiero que te pongas como bestia loca —me dice—. Creo que ella está en problemas... más que en problemas, en peligro.

Entonces sentí como si me cayera un balde de agua helada encima.

—Te voy a contar algo, pero quiero que actúes con inteligencia. Si es que aún hay un cerebro dentro de esa cabeza tuya... —Añade y espera a que yo le dé la señal para que siga—. Hace unos meses Blanca vino al gimnasio y me dijo que le diera clases de box... Al principio pensé que era porque quería hacer ejercicio. Ya sabes que está de moda, hasta los ángeles de Victoria Secret lo practican. Pero... cuando estaba vendándole las manos, vi ciertos moretones en sus antebrazos. Moretones grandes, morados y feos...

—¿Y qué hiciste? ¿Le dijiste a Rosalva?

Rosalva Xalostoc es la tía de los Robles, su guardiana legal, y con quien han vivido desde la muerte de la abuela Xalostoc.

—No, güey. Fui un completo idiota y le conté a Gonzalo —me contestó, realmente consternado—. Blanca no volvió a venir a clase.

—¿Crees que...?

—Mira, Art. La neta no sé qué es lo que está pasando, pero las cosas andan mal. Si quieres una segunda opinión, pregúntale a Charlie. Y él te va a decir lo mismo. —Me interrumpe antes de que yo pueda externar cualquier tipo de suposición—. No creí que las cosas estuvieran tan mal hasta que me enteré del suicidio de Andrea.

—Blanca dice que no...

—... que no fue suicidio. —Volvió a interrumpirme—. Lo sé, también me lo dijo a mí. Y la verdad, le creo. Ella era la más cercana a Andrea de todos; eran como uña y mugre. Si alguien sabe la verdad, o por lo menos tiene

indicios de ella, es Blanca.

9

Recuerdo aquella vez en que Blanca me besó por primera vez. Siempre ha sido una mujer de armas tomar, y eso es justamente lo que más me gusta de ella. Si ve algo que le gusta, se decide y va tras ello, y no se rinde hasta que lo consigue. Así pasó cuando quería el puesto de la líder de las porristas que acababa de desocuparse porque la chava anterior se partió una pierna en pedacitos en un accidente automovilístico. Blanquita luchó, bailó, cantó, golpeó y pasó encima de Josefina Carso para quedarse la batuta. Pinche dramón que hizo Jose, como la llamaban, y le dejó de hablar a Blanca por cerca de dos semanas, pero ya después se contentaron y siguieron lanzando su veneno de víboras juntas.

Entonces, así como si yo fuese otro juguetito para su colección de éxitos, aquella vez ella quería un beso y lo obtuvo. Y vaya que le costó trabajo, porque ese mismo día yo había hablado con Gonzalo sobre una situación hipotética en la que yo me enamoraba de su hermana...

—Te arranco los huevos de un solo tajo, guëy —me dijo.

¿Ya vio, agente? ¿Ya vio cómo Gonzalo Robles Xalostoc iba por la vida pidiendo un buen madrazo en el hocico?

Y uno nada más se lo da y mire a dónde venimos a parar: a la delegación, como si darle su merecido a alguien fuese un delito de los peores. Apuesto a que ni los ladrones tienen que pasar por aquí, por este cuarto cutre de interrogatorios...

—Mira, chaval...—El agente resopla, intentando calmarse—. Tú estás aquí porque no solo le diste su merecido al riquillo ese... Le diste una santa madrina...que deberías rezar para que no te denuncie porque te quedas aquí por un buen rato.

—Yo solo le digo que esa escoria no tiene el derecho de denunciarme después de lo que hizo... el muy malnacido.

—¿Qué es lo que hizo, carnal? Nomás estás dándole vueltas al asunto... Que Blanquita esto, Blanquita aquello...

—Tiene que saber toda la historia, agente, sino no va a entender de qué va todo esto, no va a entender que yo me quedé corto dejando vivo a ese canalla...

—¿Estás admitiendo que lo querías matar? —Me interrumpe, y yo no soy tan estúpido como para contestar con honestidad a eso, entonces prosigo con mi historia.

Estábamos en uno de los salones de la planta baja del edificio de la escuela. Solos. O bueno, casi solos. Nos habíamos quedado después de clases para preparar la noche de cine que organizábamos cada viernes para pagar el *after* de la graduación. Ya sabe, teníamos que encender las máquinas de las palomitas, poner la pantalla, el proyector, las colchonetas... todas esas madres que hay en los cines improvisados.

Esto pasó unos dos días después de que casi nos besáramos en el salón, cuando nos interrumpieron los berridos violentos de Josefina, ¿se acuerda que le conté?

Entonces ya había ese rollito entre los dos; la sensación rara en el estómago cuando estábamos demasiado cerca, las ganas de tocarnos y la cara de drogados de los setentas. O bueno, quizá solo era yo. No podía dejar de mirarla, de ver cómo se acomodaba el cabello rubio detrás de las orejas y cómo me sonreía de lado cada que me atrapaba mirándola. Y luego captaba su olor y me acercaba instintivamente más para seguir respirándola. Ella era mi marca propia de cocaína. Con solo una aspiración me llenaba de energía, el corazón me latía más rápido, me sudaban las manos y se me secaba la garganta... o comenzaba a salivar más.

¡Putá, que me dan los *feelings* de nuevo con solo acordarme!

Sin embargo, las palabras de su hermano seguían en mi cabeza. Si me acercaba a su hermana, me arrancaría los huevos de un solo tajo, punto.

Y es que con Gonzalo uno no se iba con amenazas vacías. El muy cabrón siempre cumplía lo que decía por muy cruel que fuese la advertencia. Por eso nunca amenazó con matar a alguien... A no, lo hizo una vez, ya recuerdo.

«Si te vuelvo a ver, te mato, cabrón. Lo digo en serio».

Esas son las palabras que me dieron pesadillas por más de una semana... Pero el beso. Estábamos en el beso.

Acabábamos de echar a andar la máquina de las palomitas; ella ya había puesto la mesa en la entrada del salón que habíamos escogido como «la tiendita»; acomodó la caja registradora, los vasos y las bolsas para las botanas, todo eso. Ya sabe cómo son las mujeres de detallistas.

—¿Qué falta? —le pregunto.

—Nada, solo hay que prender el cañón. Terminamos temprano... — Suspiró y se recargó en la pared con una mirada sugerente que me recordó

mucho a Alicia Silverstone—. Nos da tiempo para ver un capítulo de Gossip Girl...

Yo solo hice un gesto que dijo todo lo que pensaba: ni loco voy a ver eso.

—Te va a gustar, lo sé. Confía en mí, sé lo que te digo. —Se acerca a mí moviendo la cadera como un felino y cuando llega, agarra la tela de mi playera con los dedos—. Es más, ¿qué quieres apostar?

Mi corazón latía como loco, como caballo desbocado. Todo lo que me hace hombre me decía que me lanzara y la besara, pero mi cerebro aún recordaba que, si me atrevía a tocar a Blanquita, Gonzalo me arrancaría los huevos de una sola. Y aunque no lo hiciera, no tenía ganas de enemistarme con uno de los cabrones más malditos de la prepa.

Entonces ahí me quedé, mirándola fijamente a esos ojos color miel y a sus labios rosas, como si no hubiese nada más en el mundo más que ella. Tampoco dije nada, no podía pensar en apostar, o en ver alguna serie, o en cualquier otra pendejada que no fuese Blanca.

Ella dio un pasito al frente, uno muy discreto y suavcito, y subió una mano a mi rostro, haciendo el ademán de quitarme una pestaña de la mejilla.

—¿Qué dices? ¿apostamos? —dijo con la voz baja, tan cerca de mi piel que podía sentir su aliento.

En mi mente resonaban las palabras de Gonzalo como un par de riendas que no permitían que me lanzara por lo que tanto deseaba.

Pero Blanquita no había sido amenazada por su hermano, entonces se acercó sin más y me besó. Se me detuvo el corazón por una fracción de segundo, y volvió a funcionar cuando ella pasó sus brazos por mi cuello, colgándose de mí para alcanzarme. La cochina voz de Gonzalo dentro de mi cabeza se calló, y yo me permití disfrutar del momento, hasta que el sonido de las palomitas explotando me regresó a la realidad.

Blanca Robles Xalostoc inició uno de esos sueños que son tan buenos que terminan siendo pesadillas, ¿sabe a lo que me refiero?

El jueves me llegó un mensaje: «*Te espero en Ginno's a las 5:30*».

No reconocí el número del remitente, pero inmediatamente pensé en Blanca. La cita era un jueves por la tarde, así como lo hacíamos antes, cuando íbamos en prepa. ¡Qué buenos días aquellos! Recuerdo que mi Blanquita siempre llegaba con el uniforme de porrista, la falda tan cortita que deslumbraba a toda la audiencia a cada paso que daba, la coleta rubia rebotando de un lado a otro, la mochila cagada al hombro y una sonrisa de oreja a oreja. Se acercaba a paso de caperucita controlado. Ya sabe, como saltando, pero sin levantarse tanto del piso. Dejaba su maleta en una silla, me saludaba con un beso glorioso y tomaba asiento frente a mí. Siempre frente a mí.

Entonces, cuando leí aquello, algo en mi corazón se removió, y también más abajo. La verdad es que lo que hacíamos después de comer espagueti era más interesante que todo esto. Llegué a pensar que, ahora que había regresado a México, podríamos recuperar nuestra beneficiosa rutina.

Se me hizo agua la boca, pero todavía no podía cantar victoria, aún tenía que arreglar la complicada situación en la que estábamos. Que pinche frustración. Tenía que pedirle perdón por reclamarle lo del diario, por dejarla botada con lo de la investigación, bla, bla, bla... ¿Por qué nosotros siempre tenemos que pedir perdón? Si queremos tenerlas contentas, uno siempre es el pendejo, el corto de mente, el culpable, el imbécil, el maldito.

Pues, bueno, Blanca me ocultó lo del diario, pero era yo quien tenía que pedir perdón. Así es como tenían que suceder las cosas si quería volver con ella.

Siendo todo un caballero, me preparé para verla y llegar a la hora, quizá unos cinco minutitos antes... A que no se imagina la sorpresita que me llevé al entrar al restaurante.

Gonzalo *Hijodeputa* Robles Xalostoc estaba ahí, sentado en la misma mesa que Blanca y yo escogíamos, en su lugar. La rabia me llenó todito, y no fue gradual, sino de sopetón. Tuve que contar hasta diez para no ir y partirle su madre, así, derecho, como va. Su cabeza rubia sobre sus hombros anchos y trabajados era suficiente para que la bilis corriera ácida por mi sangre.

Antes de que me pudiera dar la vuelta para evitar lo que se venía, ese

cabron volteó, como queriendo hablarle a la mesera, pero a quien encontró fue a mí. Ya no podía echarme para atrás, así que fui a la mesa y me senté en mi lugar de siempre.

—Qué onda, güey —me saludó—. Pensé que no vendrías.

—Nah, ya estoy aquí. —Alcé los hombros y actué como si no me importara—. ¿Para qué soy bueno?

—No, pues nada, güey. Eres mi mejor amigo, y no he sabido de ti en años, cabron. ¿Está mal querer saber de ti?

¡Ja! Esa no se la creía ni él. De ese pendejo no se podía esperar nada que no estuviera relacionado directamente con su pinche ego.

—Pues pudiste llamar, no he cambiado mi número —le dije, casi agarrándome los huevos para que no se me escondieran—. O llamar a mi mamá, ella te iba a decir dónde encontrarme, ya sabes, para hablar lo que pasó.

—Mira, güey... —Apretó los puños y la cara se le puso roja como tomate—. Mira, lo que pasó fue pura justicia. Te cogiste a mi hermana a mis espaldas, y eras mi mejor amigo, mi hermano, ¿crees que por eso tenías esos derechos?

—¿Qué? —Me reí, divertido por su estúpido punto de vista—. ¿Querías que lo hiciéramos frente a ti para tenerte tranquilo? Ella era mi novia...

—¡No me salgas con esas mamadas! Nunca le di permiso de salir contigo ni con nadie.

Este cuate si estaba trastornado. Debí haber visto en ese momento que necesitaba ser internado en una clínica para dementes, para psicópatas.

—Blanca no tiene por qué obedecerte, mucho menos tiene la obligación de pedirte permiso para salir con alguien. Estás bien enfermo, Gonzalo. No manches, ya bájale a lo que sea que te estás metiendo.

—Mira, güey. No vine a hablarte sobre eso, solo quería preguntarte si todavía andas con Blanca. Es solo una pregunta, así que siéntete libre de contestarme con la verdad, en honor por nuestra amistad.

—No ando con ella, cortamos después de lo que pasó en Valle.

Él no dijo nada, solo gruñó, sacó su celular y contestó mensajes en silencio.

El *hijodeputa* siguió hablándome y preguntándome sobre mi vida como si nada.

Los hermanos Robles Xalostoc siempre usaban artimañas para hacerte ir a dónde ellos quieren y también para obligarte a hacer su santa voluntad. Así,

tal como lo hizo Gonzalo esta semana, lo hizo Blanca hace años, justo después de aquel primer beso en la tiendita del cine improvisado.

«¿Vas a venir a ver el partido?».

Ese fue el mensaje que recibí ese día. Yo inmediatamente pensé en lo que Gonzalo había estado hablando toda la clase: que quien sabe quién había grabado la final de los intercolegiales y que le habían pasado el video. Escuché que Freddy, Diego y otros güeyes iban a ir a verlo a su casa, pero no me acordaba de cuando habían quedado. Así que me la creí.

Respondí: «Si. ¿Cuándo es?».

Dijo que ya estaban todos ahí, que llevara un *six* por llegar tarde. Y yo, como pendejo, pasé a la tiendita por el cartón de cervezas, compré unas botanas y unos cigarros para hacerle la barba al Gonzalo.

Debería imaginar cómo me veía de estúpido parado ahí, ante la puerta, esperando a que me abrieran la puerta para unirme a la celebración improvisada. Y más idiota me vi cuando abrió Blanca, me sonrió crípticamente, me jaló de la camisa y cerró la puerta detrás de mí. Ni siquiera dejó pasar un rato para que me sintiera bienvenido, inmediatamente saltó a mis brazos y comenzó a besarme. Blanca Robles Xalostoc estaba *honry* y no planeaba permitirme salir virgen de esa casa.

Ahí pasó lo que tenía que pasar.

Blanquita me había engañado para aprovecharse de mi inocencia, pero no la culpo por eso.

Cansados y relajados, aun sintiendo el rezago del climax, ella se abrazó a mí, y enredó sus largas piernas con las mías bajo las sábanas.

—Tenemos tiempo para un segundo round, ¿te animas? —me preguntó, rozando la punta de su nariz con mi quijada. La muy canija siempre supo cómo llegar a mí, conocía a la perfección mis puntos más débiles.

—¿Y Gonzalo?

—Se fue a un partido, no creo que regrese hoy —contestó—. ¿No lo sabías? Estuvo hablando del «amistoso» contra los Potros toda la semana.

—No me acordaba. La neta, no le pongo mucha atención...

—Eso me encanta de ti —dijo, besándome la mejilla—. Todos están locos por Gonzalo, parece que están enamorados de él. Si dice «perro» ellos ladran. —Bufó, claramente en contra de esta situación—. Pero tu no, ni siquiera le sigues la corriente. Le dices las cosas como son, siempre eres directo y no dejas que se salga con la suya.

—¿Solo te gusta eso? —le pregunté, haciéndome el ofendido.

—Obvio no. —Se rio, dándome un golpecito en el pecho. Luego se quedó en silencio por un buen rato, se concentró en dibujar figuritas en mi piel con sus dedos, y luego le regresó el habla—. Hoy habló mi papá... me dijo que ya nació su hija.

—¿En serio?

Suspiró.

—Sí, se llama Haru.

—¿Te mandó fotos?

—Si, por supuesto, pero no quise verlas. —Cerró los ojos, controlando las lágrimas—. Sé que está mal, pero no me cae bien su esposa... y tampoco su nueva hija. Me da asco todo ese asunto... Dime la verdad, Art, ¿a ti también te van las asiáticas?

—Ni en el porno, Blanqui.

—¡Uff! —Esbozó una sonrisa de alivio—. Si me dejas por una china, te juro que te castro. Mi mamá debió haber hecho eso en vez de irse con un francés por despecho.

—Mejor pensemos cosas sexis, no te preocupes por eso. —Tomé su cara con ambas manos y besé su frente—. Es más, contéstame... ¿Sales conmigo?

—¿Salir? ¿Cómo tu novia? —Sus ojos se abrieron como una pequeña niña inocente.

—¿No quieres?

—¿Bromeas? —Rio, levantándose emocionada—. Pensé que nunca lo harías...

—¿Entonces?

—¡Obvio, Art!

Obvio. Esa palabra nunca fue tan gloriosa como aquella vez.

Y obvio, lo mantuvimos en secreto de todos; especialmente de Gonzalo.

Al día siguiente regresé al gimnasio, necesitaba hablar con Freddy. No se crea, agente, la conversación que tuve con Gonzalo me dejó mal, como preocupado. Ya sabe, como cuando tienes una espinita que nomás no te deja tranquilo. Me sentía nervioso, mucho.

Le juro que me sudaban las manos y la pinche adrenalina corría por mis venas como si estuviera en peligro de muerte. ¿Ha sentido esa sensación de que algo va a suceder, así como en el pecho, casi en la boca del estómago?

Pues así estaba.

Y con justa razón.

Cuando llegué al gimnasio, lo primero que vi fue a una joven sentada en las bancas del recibidor, hecha bolita, con los codos recargados en las rodillas y el rostro escondido entre sus manos. Ese cabello rubio, lizo y hermoso solo podía pertenecer a una sola persona: Blanca Robles Xalostoc.

En cuanto puse un pie dentro del lugar y me quedé frente a ella, observándola atentamente, intentando decidir entre hablarle o no, ella alzó sus hermosos ojos color miel hacia mí y... en vez de sonreír, como siempre lo hacía, las lágrimas se le arremolinaron en la línea de las pestañas.

«¿Qué es lo que tiene?». Me pregunté, pero ya, no le dije nada.

Y luego, dos voces que yo conocía muy bien se acercaron a la puerta. Ambos nos quedamos en silencio, atentos a lo que decían.

—Sé que tú lo sabes y no quieres contármelo —dijo la persona que tenía la voz de Josefina Carso.

—No sé de qué me hablas, Jose —contestó Freddy—. Ya te lo dije: Arturo está aquí por el funeral de Andrea y para visitar a su familia. Es más, ni siquiera se ha quedado de ver con Blanca.

—No te queda bien mentir, Alfred, en serio. O sea, bye. Gonzalo me contó que siguió a Blanca el otro día, y ella sí se encontró con Arturo. Ya te digo, Alfred, esto es muy peligroso. —Dio un taconazo en el piso—. Okey, checa. Es obvio que están investigando la muerte de la *loser* esa. Los dos, juntos. O sea, es clarísimo. Blanca no puede entender que esa cosa quería

simplemente suicidarse. O sea, tanto tiempo que tuvo que vivir su miserable vida, aguantando el desprecio de todos y así... la verdad, si yo fuera ella, también me aventaría... pero no de la torre de Humanidades, güey, sino de la Torre Latino. O sea, algo así más alto y dramático. ¡Imagínate! ¡Quizá hasta sería famosa! Saldría en las noticias y todo. ¿No está *cool*?

Casi podía ver a Freddy poniendo los ojos en blanco.

—No, pero ya, en serio, Alfred. Si esos dos siguen investigando, todos vamos a caer. Desde el pendejito de mi hermano, hasta tú, Alfred. ¿Qué? ¿Por qué me ves así? Tú también tienes cola que te pisen, no quieras hacerte el inocente conmigo, nene, porque yo te conozco mejor que todos aquí.

—Hablas como si estuvieras asustada. ¿Qué hiciste, Jose? ¿Qué hiciste para tener tanto miedo de lo que Art y Blanqui puedan descubrir?

—Nada, güey, obvio. ¿Qué te crees que soy? O sea...

—Jose...

—¿Qué?

—Tú viste a Andrea ese día, antes de que se cayera de la torre; me lo dijiste la otra noche.

—¡No mames! ¡Claro que no! ¡Estás alucinando! O sea... y-ya deja los esteroides, Alfred, ya te están afectando, eh.

—Y lo que debes hacer tú, Jose, es dejarte de pendejadas. Porque esa vez estabas hasta las chanclas y soltaste la lengua, pero quizá no soy el único que sabe de esto. Aparte, ten por seguro de que, si ellos siguen investigando, como tú dices que hacen, entonces te van a descubrir —Freddy le dijo, abriendo la puerta.

Entonces, nuestras miradas se encontraron. La piel morena de Alfredo se hizo blanca, blanca, como harina, y a Josefina se le bajó el bronceado; los ojos castaños, con pestañas postizas super falsas, se abrieron como platos, y tragó saliva, moviendo bruscamente su esquelético cuello.

Blanca se puso de pie, se alisó los pantalones de mezclilla y se acomodó la playera blanca que se le había arrugado en el estómago. Y luego, la miró, severa.

—¿Estuviste con Andrea ese día? —preguntó con mucho autocontrol.

Josefina se rio, mofándose sarcásticamente. Es una verdadera perra.

—Eso no te incumbe, Blan-qui —respondió, lanzando su largo cabello con mechetas rubias hacia atrás—. ¡Oh! ¡Arturo! ¡Hace tiempo que no te veía! ¡Qué agradable sorpresa! ¿Regresaste con...? —Sonrió, como la maldita que era—. Ustedes dos... ¿están juntos de nuevo? —preguntó. No respondimos—.

O sea... ¿quiere decir que ya le contaste a Blanca sobre *aquello*?

Hija de su puta madre. Que ni se le ocurra...

—¿Sobre qué? —Blanca cayó, me volteó a ver con desconfianza.

—Nada, está loca, ya la conoces. —Puse los ojos en blanco, haciéndome el tonto.

Josefina soltó una carcajada.

—Mira, cariño, es obvio que aún no te lo cuenta. Es una gallinita. —Le puso una mano en el hombro y Blanca se la sacudió—. Te lo voy a decir yo porque creo que esto es muy importante, aparte, hace años fuimos amigas y se lo debo a nuestra amistad.

Que no se le ocurra...

La bruja malparida me miró, con esos ojos entre seductores y retadores, como si estuviese a punto de dejar caer una granada sin seguro.

—Arturo y yo... —Se acercó al oído de Blanca y lo confesó todo... a medias, con falsedades.

Y con esas simples palabras secretas, la expresión de Blanquita se tornó peor. Sus ojitos color miel se hicieron rojos, como si el diablo se le hubiera metido, su carita también, hasta se le saltaron las venas de la sien.

—¡No puedo creerlo, Arturo! —exclamó, totalmente enojada y... decepcionada—. Esperaba cualquier cosa de todos. El mundo es una mierda de por sí. Pero tú... tú... tú eras el único en quien podía confiar, y... me... traicionaste.

Mierda, pinche Josefina.

El agente comienza a cansarse, pero yo necesito contar todo esto a detalle o no entenderá nada. O bueno, yo soy quien necesita de toda esta cantaleta para entender qué madres pasó. Digamos que hablar con este sujeto es una catarsis de las buenas, de esas que te hacen captar todo super chingón, casi de sopetón.

Me aclara la mente, pero al agente le pican los cojones para que llegue al final de mi relato. Lo chistoso es que no es un cuentucho de aquellos, sino una declaración fuente y clara de lo que pasó y de por qué mierdas estoy en los separos.

—Ya, carnal, sigue hablando —me ordena después de encender un cigarro, el humo me llega a la nariz y me hace acordarme inmediatamente de algo.

Fui a casa de Charlie ese mismo día. Aún traía el rencor contra Josefina, pinche lengua larga, capaz que lo hizo solo por chingarnos la existencia a Blanquita y a mí. Obviamente, la investigación de la muerte de Andy había terminado, o por lo menos la asociación entre Blanca y yo. Y, bueno, ¡cómo no! Si la bruja estirada esa había soltado una bomba.

Carlos y yo salimos a la terraza, esperamos a que Mine, la muchacha, nos sacara unas cervezas. Él se recargó en el barandal de cristal y sacó un cigarro. No sabía que fumara, de hecho, él era el tipo más saludable que conocía. Ya sabe, así como fitness, vegano, ecofriendly, el típico niño bien. Ya después entendí que su vicio comenzó cuando murió Andy... ¡¿Quién no se pierde después de perder al amor se su vida?! Pobre Charlie, neta que lo entendía.

Entonces, aspiró el tabaco y exhaló el humo lentamente, me miró de reojo y me ofreció un cigarrillo. «Yo no... gracias, güey» le dije, y proseguimos en silencio, solo observando al jardín forrado de verde pasto. Siempre me gustó la casa de los Carso, era una de las más bonitas de la Providencia.

—¿Sigues con tu investigación? —me pregunta y suelto una carcajada ácida.

—Era de Blanca, no mía, yo solo la ayudaba...

—...para estar con ella. —Terminó mi frase con lo que yo no aceptaría ni a madrazos—. Si, güey, me di cuenta. Aún te trae de cabeza, ¿no?

—Es el amor de mi vida, Char. —Suspiré—. La neta, la neta, cuando

venía para acá, para México, pensé que ya la había superado. Es más, tenía planeado solo saludarla si me la encontraba, así, como amigos... o conocidos. Mejor ni me hubiera acercado. Pinche problemón en que me metí.

Froté mi cara con frustración y le di un trago a mi Stella.

—Está bien, güe', la verdad he pasado por eso y lo entiendo —me dijo, como consolándome—. Mira, cuando Andy me cortó, creí que se me acababa el mundo, que ya nada iba a ser lo mismo... Pasé unos meses terribles, de mierda, y luego me puse bien, o eso creí, así que regresé pensando en que todo estaría mejor, que simplemente debía alejarme un poco de ella y salir con otras chavas... Pude verla una vez más antes de que muriera, un día antes, para ser precisos. Se veía hermosa.

—¿Dónde la viste? ¿Te encontraste con ella?

—No, Art, fui hasta C.U para verla, por lo menos de lejos. Sabía que a esa hora la encontraría en los pasillos, así que me escondí por ahí. Iba con Blanca, por cierto, sabes que ellas estaban juntas en la carrera...

¡Putra madre!

—¿Qué?

—Que ellas estaban en la misma carrera, Art, ¿no lo sabías? —Repitió, mirándome raro, pestañeando más veces de lo normal—. Por eso eran tan amigas...

¡Ay, no mames! ¡¿Neta?!

—Vi una foto de ellas juntas metida en uno de los libros de Andy, pensé que simplemente... No sé, güey, ya ni sé qué pensar. Estoy confundido, apendejado, ya no sé ni mierda de lo que está pasando. Hace unos días fuimos a la casa de los Moreno, entramos al cuarto de Andrea a «buscar pistas» y encontramos un diario. Bueno, Blanca encontró un diario. Y la muy... no me dijo nada hasta el día siguiente... y cuando le reclamé, se puso de nena, me salió al revés, güey. ¡Ya sabes cómo son las mujeres!

—¿Y viste lo que había en el diario?

—Pues te lo dijimos a ti, ¿no?

—No, Art, ustedes me contaron que encontraron las cartas, pero no dijeron nada de un diario.

Qué desmadre.

—No, Char, Blanca no me prestó el diario, no sé qué dice, no sé nada.

Ambos nos quedamos en silencio, pensando y analizando, o bueno, eso fue mi caso. No sé qué diablos pasaba por la mente de Carlos Carso, pero imagino que era algo relativo al asunto. Ya después de unos minutos habla de

nuevo.

—Mira, Arturo, te voy a ser sincero —dice, saca otro cigarro, lo enciende y jala hondo—. No te fíes de Blanca. ¿Sabes? Ella no es la misma que tú conociste en prepa, no es la misma niña bonita y bien portada que andaba contigo. No sé qué diantres pasó en la graduación, más bien, en el viaje de graduación, que la cambió. Nunca volvió a ser la misma. Es más, ni siquiera supimos de ella por varios meses después de eso. Desapareció. Y cuando preguntábamos a Gonzalo, él decía solo que estaba bien, que andaba ocupada. Dicen que se fue a Guadalajara a estudiar Psicología y solo se estuvo un mes. Cuando volví a saber de ella fue en una reunión con Andrea, solo nosotros tres, pero te lo juro, Art, ella no era la misma.

»La verdad estaba preocupado por Andy, no me gustaba lo que estaba pasando entre ellas. Siento como si... como si tramaran algo, como si escondieran algo. No sé, me daba muy mala espina. Ya después... bueno, equis. La cosa es que no me gustaba que Andy fuera su amiga, pero no podía decirle nada, ya sabes, no quería que me tachara de novio controlador. Solo... no quería que Blanca la siguiera metiendo y ensuciando en sus problemas. Tú sabes bien que los Xalostoc son problemáticos, o sea, son buena gente en el fondo, pero siempre acarrear pestes.

»Y no es que Blanca me caiga mal ni nada, sabes que la estimo, es mi amiga, pero... —Chasquea la lengua—. No, Art. No me gustaba verla tan cerca de Andrea. Y ya viste en qué terminó todo...

No importaba de cuantas maneras intentara descifrar sus palabras, siempre llegaba a la misma conclusión: Charlie Carso Lara culpaba a Blanca de la muerte/suicidio de Andrea Moreno.

¿Podría ser que él tuviera razón: que Blanca hubiera bombardeado tanto a Andy que terminó por llevarla al suicidio?

Aparte, ¿qué es lo que Blanca escondía? ¿qué es lo que esconde aún? ¿por qué mierdas no me enseñó ese diario?

—Por eso te digo, Art. —Retoma la palabra—. Todo esto de la investigación se me hace sospechoso. ¿Qué es lo que sabe Blanca como para afirmar que Andy no...?

—No sé, güey, hay preguntarle, ¿no? —Suspiré. Comenzaba a dolerme la cabeza.

—¿Y crees que te va a decir la verdad? —Alzó una ceja—. Mejor consigue ese diario y libérate de la duda... y después vienes y me cuentas.

Desde siempre ha habido más de una cosa que está mal con Blanca, y la verdad, casi todas se resumen en Gonzalo Robles Xalostoc.

—Bueno, carnal, en eso te doy toda la razón —dice el agente, riéndose un poco, ya más aligerado de la carga y hasta disfrutando de mi declaración—. Ese canijo es un hijo de puta hecho y derecho. Pero ya, ándale, dime por qué lo dices. Una razón has de tener para decirlo con tanta vehemencia.

Rosalva Xalostoc, tía y tutora legal de los gemelos Robles, trabajaba todo el día y había veces en que se ausentaba por tiempos prolongados, dejando la casa libre para que ellos hicieran y deshicieran como se les diera la gana. Fue en una de esas ocasiones en que Blanca me invitó a ver una película, aprovechando que Gonzalo salía tarde del entrenamiento de americano y que, según ella, él iría a ver a una *amiga*.

—Tendremos la tarde para nosotros —me dijo, sonriendo de lado y mirándome con esos ojitos que escondían a medias todas las intenciones que tenían sus maquiavélicos planes—. Podemos ver algo así como Amores Perros o... no sé, lo que tú quieras. Recuerdo esa película de animación que dijiste que querías ver, la que dices que está en Netflix.

Es chistoso; de televisión no vimos ni madres. Pero nosotros, así como estábamos, pudimos haber hecho una película de esas que pasan después de las once... ya sabe cuáles.

Recuerdo bien aquella escena, habíamos terminado satisfactoriamente nuestra tarea de la tarde y nos quedamos sobre su cama, viendo al techo, con una sonrisa de complicidad en la cara y respirando agitados. A nosotros nos gustaba quedarnos en silencio, como si ya lo hubiéramos dicho todo con acciones y no necesitáramos más.

Pinche suerte que estábamos callados, porque solo así pudimos escuchar cuando el portón del garaje se abrió para dejar entrar el auto de Gonzalo.

—¡En la madre! —exclamé, poniéndome de pie de un salto.

—Escóndete en el closet y yo lo distraigo para que salgas por la ventana. —Blanca se levantó a prisa, se metió la ropa rápido, olvidando el sostén por completo, se amarró el cabello en una cola malhecha y salió de la habitación.

Tomé mis cosas y me metí al armario, tal como dijo, y aproveché para

vestirme. Entonces, la puerta se abrió una vez más. Creí que era Blanca que venía a decirme que ya podía salir sin peligro, pero no. O sea, si, era Blanca, pero acompañada de Gonzalo.

—¿Qué pasó? ¿Por qué vienes así? —ella le preguntó, sentándose en el filo de la cama, cruzó la pierna y los brazos.

—Me agarré con ese puto del Matías y me suspendieron hasta el martes —contestó encabronado.

—Pero tienen partido este sábado... ¿Qué va a pasar con eso?

—Lo obvio, Blanca. —Dio una patada a la cama y levantó los brazos violentamente, luego, se sentó junto a su hermana—. Güey, ¿a qué hueles? ¿Por qué hueles así?

Ella no contestó, solo lo vio con extrañeza.

—No te hagas, Blanca, ¿estabas con alguien? —Su tono fue bajo, pero amenazante; me erizó la piel.

—¡Cómo crees! —Ella se levantó—. Cada vez se te zafan más los tornillos, Gon.

—¡A mí no me quieras hacer pendejo! —Gonzalo se puso de pie, alzándose en una posición amenazante, como si quisiera golpearla. No lo hizo, pero la tomó del brazo con fuerza, la sujetó con rabia y la zarandeó—. ¡¿Quién es el cabrón, carajo?!

—¡Suéltame! —gritó—. ¡Estás loco!

—¡¿Quién es el pendejo que se atrevió a tocarte?!

—Güey, en serio, déjame. Me estás lastimando...

—¡No te voy a dejar! ¡Te mereces esto y más por puta! ¿Quién lo diría? ¡Saliste igual que ese malnacido y que la zorra que nos abandonó por ese cabrón francés!

No podía aguantar más, necesitaba salir y detener eso, pero tenía miedo, estaba paralizado. Un Gonzalo tranquilo era peligroso, pero uno encabronado significaba muerte. Esta era la razón por la que nunca nos atrevimos a salir en público... porque ese maniaco me habría arrancado los huevos de un tajo.

—Te lo juro, Gonzalo, o te calmas o no me vuelves a ver —dijo Blanca con voz fuerte y autoritaria, pero con un dejo de terror escondido en aquella seguridad.

Y fue así como él la soltó y salió del cuarto con un portazo, dándome la señal para salir de mi escondite. Lo primero que hice fue correr a abrazarla, pero no podía quedarme con ella demasiado tiempo, así que decidí hacer algo que mantendría a Gonzalo lejos de Blanca, al menos por una noche.

En aquel momento lo vi como un sacrificio, aunque esa noche las cosas terminaron horriblemente mal.

Me salté por la ventana hacia el porche y toqué a la puerta, haciéndome pendejo, poniendo mi cara más inocente. Esperé pacientemente a que ese hijo de puta abriera y cuando lo vi, le sonreí.

—¿Artu? ¿Qué haces aquí, güey? —Me saludó sacado de onda—. ¿Quieres pasar?

—Nah. —Suspiré—. Es jueves, háblale al Freddy y vámonos a estrenar el nuevo bar que abrieron en el centro, por ahí por los tatuajes.

—Súbete al coche, cabrón, en el camino les hablamos. Primero vamos al Oxxo por algo para el pre.

El maldito aceptó rápido.

Si algo debía agradecer a Dios, es que no le dio mucha inteligencia al imbécil.

Miro al agente, está sentado a mi derecha, con la espalda recargada en el respaldo de la fea silla y las piernas estiradas con los tobillos cruzados. La panza es tan prominente que sus botones de la camisa luchan con todas sus fuerzas para no salir disparados. Sigue fumando, no sé cuantos cigarrillos se ha terminado en ese poco tiempo, pero creo que han sido tantos que perdí la cuenta.

Lo que estoy a punto de contarle es algo de lo que me avergüenzo, así que no encuentro las palabras adecuadas... o, mejor dicho, no sé cómo diablos reunir el valor para sacarlo. La cosa es que desde que me senté aquí he estado diciendo los males y los secretos de las otras gentes, pero nada que me incrimine a mí de ningún tipo. Pero, en un pedo como este, es normal que todas las cabezas involucradas rueden, y la mía no se va a salvar.

Respiro profundo, pausado, guardando un minuto de silencio. El agente alza una ceja y me mira divertido, sabe que algo bueno se viene.

—Me acosté con Josefina Carso esa noche —declaré.

Listo, lo había dicho.

Al agente se le cae el cigarro en el estómago y comienza a agitarse mientras intenta apagar la ceniza y salvar la tela de la camisa. Creo que mi revelación le ha llegado como chingadazo.

—¡Chale, niño! ¡Mira nomás! —Me reclama, haciendo un ademán con las manos para señalar su ropa arruinada.

Ja, como si yo hubiese causado eso. Si se le cayó el cigarro fue por pendejo, no por mi culpa.

Me quedo en silencio, no tengo ganas de discutirle ni nada, tampoco sé si quiero seguir profundizando en el tema de Josefina. De todos modos, esto no tiene nada que ver con el tema. Me refiero a que esta metida de pata no pasó a mayores. Ella fue la primera en decir que quería que esto se mantuviera en secreto, y a mí tampoco me convenía que esto se supiera, así que aquí murió.

Pero... si, fue esta mierda la que salió hace unos días en el gimnasio y me vino a cagar todo con Blanca.

Es que, quién sabe qué pinches se me metió como para cogerme a semejante alimaña. Bien, si lo sabía: me tomé una Patona y tres shots de tequila, aparte de dos cervezas del pre. Es más, tuve que hacerme un chequeo de Sida y un montón de cosas más por el miedo de que se me pegaran sus cosas. Y todo estuvo bien, juro que no pasó a mayores... en ese momento. Solo fue eso, que me vino a perjudicar años después cuando Josefina abrió la boca por pura maldad.

Aparte, esa mujer se cogía a medio mundo.

Y fue eso justamente lo que me llevó a la siguiente escena:

Charlie se cansó de estar de pie en el balcón y se sentó en el silloncito (¿Quién chingados tiene un silloncito en su balcón?), le dio unos tragos más a la cerveza y suspiró profundo, mirando fijamente al cielo o a la nada, no sabría decirlo.

—Güey, Andrea sabía que Josefina andaba con el profe Mario —le dije, y el pobre escupió la bebida tosiendo. Creo que él no sabía ese dato. Pinche Josefina, con esta estamos a mano.

—¿Qué quieres decir con eso? —me preguntó alebrestado, con la botella bien apretada con los dedos y el rostro rojo.

—Eso decía el diario de Andrea, Char, neta, no te miento —contesté—. Andy sabía que Josefina andaba con el profe Mario... y también por eso la molestaba, para que no dijera nada. Según esto, ella cachó a tu hermana hablando con sus achichincles en el baño sobre ese asunto. Aparte, no me digas que no lo sabías... ¡Todos lo sabíamos!

El frío del Nevado me caló los huesos, o quién sabe, quizá eran los poderes de superhéroe de Charlie Carso Lara despertando. Como sea, la bomba había sido activada.

—Mira, güey, si no sabes, mejor no hables...

—No, Charlie, si tú no sabes y no me crees, ¿por qué no le preguntamos a Mario? Vive por aquí, ¿no? —le contesté.

—Arturo, esto es serio. Mario está casado, ya lleva casi diez años con su esposa... y mi hermana, te juro que no es como ustedes creen, ella tiene principios.

—Sí, hermano, principios de puta.

Él me miró con desprecio, como queriéndome partir el cráneo a botellazos, pero yo estaba seguro de lo que decía y no iba a negarlo solo por no herir sus sentimientos. Los amigos se tratan con la verdad, ¿a que no?

—Pues vamos, entonces. —Se puso de pie como bala y azotó la cerveza en la mesa.

—¿A dónde?

—Con Mario, a ver si te atreves a decir eso mismo frente a él.

Si Carlos fuese otro canalla, creo que ese día habría muerto, pero usted mismo sabe cómo es ese sujeto: es el tipo modelo, el prototipo de bondad y valores. Pero no por eso me iba a echar para atrás con este asunto. La verdad era esa: Josefina, durante los años de prepa, se cogió diario al profesor Mario en los salones después de las prácticas de las porristas. Y varios fuimos testigos, no solo Andrea, sino Blanca, Freddy, sus achichincles, hasta gente que le tenía tanto miedo como para hablar. La cosa es que solo Andrea fue lo suficientemente desafortunada para ser el blanco y el chivo expiatorio de los amoríos de Jose.

Recuerdo que Blanquita decía que su amiga iba en serio con el profe, que él le decía que iba a dejar a su esposa por ella, que, porque «ya no le atraía», que «ya no sentía lo mismo que antes» y que «estaba muy enamorado de Josefina». ¡Bah! Pendejadas. O bueno, quién sabe quién fue más imbécil, si ese desgraciado culpable de estupro por decirle semejantes babosadas, o ella, por creerlas.

La cosa es que en menos de diez minutos ya estábamos afuera de la casa de Mario Costel, nuestro antiguo profesor de física. Él vive por ahí por el centro de Metepec, en una privada no muy lujosa, pero de buen ver. La vivienda tampoco es muy grande, pero no es pequeña... es algo normal para la zona, ya sabe, como pintoresca y rústica, no tan dada al catre. Y afuera, en el estacionamiento había una camioneta blanca, creo que era una X Trail o algo así, y su coche de siempre, el Minicooper rojo de gay seductor de heterosexuales.

Carlos tocó a la puerta y nos abrió una mujer bajita, de facciones bonitas, pero no espectaculares, cuerpo rellenito y poco esmero en la moda. Güey, era todo lo contrario a Josefina. Aparte, en esas mejillas regordetas y en esos ojillos castaños no había una pizca de la maldad inherente en la más perra de los Carso.

Claudia Costel, se llama, y cuando nos vio, se quedó un poco sorprendida; era obvio que no nos conocía y no sabía qué diantres hacíamos ahí. Entonces, un bebé llora a la distancia, pero dentro de la casa.

Hijo de puta...

Costel, no el bebé.

—Hola, buenas tardes. —Carlos la saludó y de paso la convenció de que éramos buenas personas, que éramos de confianza—. Somos alumnos del profe Mario... bueno, ex alumnos...

Ella nos sonrió, aún un poco sacada de onda y medio nerviosa.

—¡Mario! ¡Amor! ¡Te buscan! —gritó sin apartar la vista de nosotros y sin permitirnos la entrada—. Ya viene, esperen tantito.

Durante un minuto aproximadamente, Charlie y yo nos miramos inseguros, ya nos estábamos arrepintiéndolo de estar ahí. De hecho, el ver a la esposa de Costel y saber que ahora tenían un hijo nos había cambiado la perspectiva un poco. Ya no podíamos ir y armar una revolución loca... el tipo tenía familia.

Mario Costel llega al recibidor, y en cuanto nos ve, se pone blanco, pálido, como muerto. Luego, su esposa se retira y regresa con el bebé en brazos, observa la situación y decide salir al parque con el niño.

Y en cuanto ella se aleja lo suficiente, Carlos Carso Lara, el Superman de Metepec, le mete un derechazo en el ojo que lo tumba de espaldas. No hay bronca, los ricos pueden hacer lo que les hinche su regalada gana y no les pasará nada, por eso a Charlie le vale madres que al profe se le ocurra demandar o algo.

—Eso es por meterte con mi hermana, cabrón —le dice amenazador.

Mario se rio con amargura, aún postrado en el piso como víctima, se tocó el ojo y revisó que no le saliera sangre. Ya después se puso de pie, tambaleando.

—Ya, güey, ve al punto. No me cuentes tantos detalles de cómo se recuperó el tal Mario del golpe de oro del riquillo Carso Lara. —Me interrumpe el agente, y tiene razón, le estoy dando demasiadas vueltas al asunto.

Nada de nada, el hijo de su madre aceptó haber tenido un romance con Josefina durante un año, pero que terminó en la fiesta de graduación, en Valle de Bravo. Ja, al estúpido lo cachó su señora mientras... ya sabe, se daba a la Josefina durante la celebración. Hubo un mitote, casi se divorcian, pero decidieron darse otra oportunidad, fueron a terapia de pareja, visitaron a un cura... Y ahora van a la iglesia todos los domingos y comulgan.

Le preguntamos sobre Andrea, él dijo que no, nada de nada. Apenas se venía enterando de su muerte, y eso porque hubo una misa en su memoria en la escuela. No sabemos si creerle, pero, de todos modos, a menos que Josefina y él se siguieran viendo, realmente no había mucho caso en ir y aventar a Andy de la Torre de Humanidades. Al fin, la esposa ya sabía bien el tema de la infidelidad, no había más qué revelar.

—¿Es en serio, carnal?! ¿Me contaste todo este rollo para nada?! —El agente se para de la silla enervado y a mí me da que se le va a romper la camisa ahora sí, porque como que se le inflama la barriga cuando se enoja.

Carlos y yo teníamos un plan, lo hicimos de regreso a su casa después de visitar a Mario Costel. Y la idea era llevarlo a cabo ese mismo día. La cuestión es que llegamos a la conclusión de que necesitábamos ese puto diario para saber la verdad, que no la encontraríamos adivinando ni a ojo de buen cubero porque nomás no teníamos las respuestas de todo. La neta, los dos estábamos igual de perdidos en este asunto.

Entonces, esa noche le hablamos al perro de Gonzalo, no a su bulldog, sino al hijo de su puta madre mismo, y le preguntamos si estaba solo en su casa. Le caímos unos minutos después con la mitad de las botellas de alcohol que vendían ese día en el Seven. Y, aparte, unas chelas. También invitamos a Freddy para hacer más gente y que nuestros planes no se vieran tan obvios.

Nos recibió de maravilla, el muy desgraciado, encendió la televisión y puso un partido de futbol americano. Y sin perder más tiempo, abrimos la primera botella de Bacacho. Él, como siempre, se sirvió como si fuese agua de limón y se tomó el primer shot, si así le podemos llamar, de jalón.

—¿Y cómo les ha ido, cabrones? —nos preguntó, ya entrado en calor—. ¿Tú, qué tal, mi Char, cómo te fue en África? ¿Conociste africanas buenorras?

A Charlie se le torció el rostro, pero aguantó como los machos. Sabía que, si le decía algo, este desgraciado iba a ponerse violento. Así era Gonzalo de malacopa. Entonces a aguantar.

—No, güey, solo fui a trabajar, no era un viaje de placer —contestó lo más calmado posible. Neta que era el próximo Buda.

—¡Qué aguafiestas, mi Char!

—Güe..., Fredo, mejor cuéntanos qué tal vas con lo de la pelea...

Freddy respiró profundo, le dio un trago al vasito rojo y comenzó a contarnos de buen modo cómo le iba yendo en sus cosas del boxeo. Que ya le iban a dar la licencia y que pronto iba a tener su primera pelea bien. La verdad, me alegré bastante por él. Mi pobre cuate no era el más adinerado, tampoco el más avisado... pero sí el más fuerte y el más hábil. No pudo estudiar la universidad por falta de recursos y porque no pasó el examen de admisión a la UAEM. De hecho, en la prepa estaba con nosotros gracias a una beca, solo que nadie lo sabía, solo Carlos y yo.

Estoy seguro de que, si Gonzalo se enteraba, le dejaba de hablar en ese mismo instante. Así es ese malnacido de clasista.

Mientras Alfredo «Freddy» Ramos hablaba, Gonzalo bebía Bacardí como agua. Y nosotros dos, Carlos y yo, nos regocijábamos porque todo iba de acuerdo a los planes.

Una botella y media más, el hijo de su madre ya estaba comenzando a arrastrar las palabras y a balbucear. Entonces, sin decir nada, me levanté y me dirigí a las escaleras. Freddy me miró extraño, pero el güey no dijo nada, casi como si supiera cuáles eran mis intenciones y las avalara.

—¡Hey! ¡Mamón... don-don...! ¿Dónde vas, mamón? Apenas te estoy contando la mejor parte —me llamó, con mucha dificultad para hablar. Se me heló la sangre.

—Voy al baño, güey.

—Puedes ir aquí abajo, no seas idiota.

—Está cerrado con seguro...

—Ah, ‘ta bien, ve con Dios, hijo de tu... —Ya no entendí la última parte, pero me la imaginé.

La misión: recuperar... ¡Ja! No, ni madres; las cosas como son.

La misión: robar el diario de Andrea del cuarto de Blanca.

—Robar es un delito, pendejo —me interrumpe el agente, ya más desesperado que antes—. ¿Estás confesando algo?

—¿No tendría que ser demandado por eso? ¿Qué no se necesita que me haya robado más de seis mil pesos en artículos comprobables con facturas? —Le reto, ya no estoy de humor para tonterías, solo quiero llegar al puto final de esto.

—Ya, ya, sigue. —Hace un ademán fastidiado con la mano y frunce el ceño.

Bueno, entré a su habitación... y los *feelings* me invadieron. Se vinieron a mí todas las imágenes de aquellas veces que me desvivía y me derretía con Blanca, que me fusionaba con ella en este simple cuarto de cinco paredes. Pero, cuando prendí la luz, nada de lo que recordaba seguía ahí. Las paredes eran azul cielo en mi memoria, ahora eran blancas. Las repisas estaban llenas de peluches y libros, ahora no había nada más que un par de libros viejos. La cama solía competir con aquellas de los palacios, con montones de cojines y edredones lujosos... ahora era un simple colchón cubierto con cobijas en bola.

¿Qué demonios había pasado ahí?

Lo único bueno de eso fue que pude encontrar el diario rápido, así que ya

no quise ver aquella imagen de terror y salí de ahí antes de que me invadiera el vacío. Porque sí, eso se sentía o algo así de choncho, como un hoyo negro en el pecho o... no sé, está cabrona esa sensación.

Cuando bajé, Gonzalo había comenzado a llorar por quién sabe qué razón. Sin llamar mucho la atención, metí el cuaderno a mi mochila y me senté en el sillón.

—Perdón, güey... —El rubio rubiales comenzó a berrear, dirigiéndose a mí—. Neta, güey, perdón...

Carlos me miró, como diciéndome: «¿Qué mosco le picó?».

—Perdón por lo de la graduación, güey... neta, perdón...

No dejaba de llorar y de disculparse. Pero no decía exactamente por qué, y bueno, en realidad yo no lo necesitaba, sabía bien a qué se refería. Sin embargo, sentía que esa noche Gonzalo estaba por sacar algo de información valiosa.

Entonces, casi como por pinche destino, llegó Blanca. El terror se manifestó en su rostro en cuanto vio la escena que se daba en su sala: su hermano borracho, Freddy, Carlos... y yo. Era más que claro que habíamos emborrachado a Gonzalo, y que seguramente teníamos un motivo oculto.

Pero a ella no le importaba tanto eso... sino el hecho de que su gemelo estaba ebrio.

—Perdóname, Blanquita, te amo, perdóname... —Algo así comenzó a balbucear, ahora dirigiéndose a su hermana.

Y, sin perder más tiempo, ella me miró con los ojos cristalinos, la mirada llena de rabia.

—¡Lárgate de aquí, Arturo! —gritó de la nada—. ¡Lárgate!

Creo que me gritó más cosas, pero no es importante ahora. La cosa es que me salí, así como ella pidió. No me importó mucho; al fin y al cabo, yo ya tenía en mis manos lo que necesitaba.

Comienzo a reír con sarcasmo, con dolor; las lágrimas se arremolinan en mis ojos. Aún no puedo superar lo que leí esa noche en ese puto diario.

—¿Qué pasa, canijo? ¿Ya te volviste loco? —El agente se burla, pero puedo escuchar un dejo de curiosidad y temor por lo que estoy por contar.

Respiro profundo... una y otra vez.

La rabia vuelve, casi no puedo controlarla, así que aprieto mis manos hasta que mis uñas me causan daño.

Mi mente vuelve atrás, a ese momento... Veo los ojos rojos de Blanca con claridad, su rostro demacrado, su pecho moviéndose trabajoso a cada

respiración.

—¿Dime la verdad, Blanca! ¿Esto es verdad? —le exijo.

Ella no responde.

—¿Lo que dice este diario es verdad? —insisto.

Andrea Moreno, a un mes de iniciar las clases, se sorprendió de encontrar a una cara conocida entre los estudiantes que pasaban por los pasillos de la Facultad de Humanidades. Casi no la reconoce, porque, según ella, «estaba muy diferente a cómo la recordaba». Había dejado su atuendo vibrante y sensual por ropa negra y recatada, casi como si hubiera asaltado el guardarropa de una monja. Su rubio cabello, el cual siempre le pareció hermoso, ahora estaba amarrado y grisáceo, casi muerto. Y, en esos ojos color miel dónde se mostraba la energía de una porrista de preparatoria, solo quedaba un tenue reflejo de soledad y desesperación.

—¿Blanca Robles? —pregunta el agente, y yo asiento.

Andrea sabía que había algo raro con ella, ya no era la misma de antes. ¿Cómo una persona puede cambiar tanto en dos meses? Si, ella sabía que yo había desaparecido el día de la graduación, que eso había dejado devastada a Blanca, pero... ¿a tal grado?

—Qué pasó en la graduación, carnal, ¿por qué tanto misterio con eso?

Suspiro. ¿Qué más da?

¿El día de la graduación?

Fuimos a Valle de Bravo, las mamás de la Asociación de Padres de Familia nos rentaron una casa con cabañas para que ahí tuviéramos la fiesta y nos quedáramos un par de noches. Y todo fue bien, todo estuvo chingón, había buen ambiente, buena música, barra libre... Nos la estábamos pasando de poca madre. Y Gonzalo... más.

Un amigo, el hijo de... Entenderá que no puedo mencionar nombres de ciertas personas, no quiero meterme en líos. Solo le diré que el hijo de *alguien* llevó algo de producto a la fiesta. Había de todo, y Gonzalo se metió de todo.

Blanca y yo pensamos que estaba perdido, que no despertaría hasta el día siguiente o que nos daría un buen rato a solas, entonces nos salimos a la alberca. Nos sentamos en la orilla, ya sabe, con los pies adentro del agua y solo nos quedamos viendo la puesta de sol.

—Nos va a ir bien en Guadalajara —dijo Blanca con voz suave, recargando su cabeza en mi hombro.

—Por supuesto, Blanqui. —Sonreí. En ese momento no necesitaba más, solo eso.

Pronto, comenzamos a besarnos, como era natural en nosotros, y la cosa fue escalando hasta que...

—¡Hey! ¡Mamón! —Un grito nos desconcertó y nos heló la sangre al mismo tiempo—. ¡Güey! ¡Alto ahí, hijo de tu puta madre! ¡Ahora si me las vas a pagar, cabrón!

El corazón nos latía a mil por hora. Yo sentía la muerte encima, casi podía ver cómo mi esperanza se evaporaba. Nos pusimos de pie y Blanca se escudó en mí, tomando mi codo con las manos temblorosas.

Gonzalo corrió hacia nosotros, parecía poseído, con los ojos inyectados, las pupilas dilatadas, la boca seca, los movimientos torpes pero amenazantes... Yo quería correr, tomar la mano de Blanca y huir de ahí, pero ella estaba paralizada. Y luego, todo pasó muy rápido. Él tomó a su hermana, la sacudió con mucha fuerza y la lanzó al suelo. Ella no respondía, estaba como ida. Empezó a gritarle todo tipo de cosas, que era una fácil, una puta... que cómo se atrevía a hacerle eso, a dejarlo igual que sus padres.

Yo no podía seguir viendo eso, entonces me metí, pero pronto la ira fue dirigida a mí. No recuerdo nada más, solo golpes... tantos golpes que en algún instante dejé de sentir el cuerpo.

—¿Y luego? ¿Por eso te fuiste a España? —me pregunta el agente.

—Sí, pero no me fui luego-luego —contesto—. Estuve en el hospital. Me internaron por dos meses. Los primeros días pensaron que no iba a sobrevivir. Ya después, cuando me dieron de alta, mis papás me mandaron con mi tía. Mi familia levantó un acta en contra de Gonzalo, pero usted sabe bien cómo funcionan las cosas aquí...

El agente apunta algo en su mano, creo que es una nota para recordar buscar en los registros para corroborar la información.

—¿Y qué? ¿Qué pasó con Blanca Robles?

Pues en el diario decía todo. Días después de que Andrea y Blanca se encontraran, Andy se dio cuenta de que Blanquita estaba embarazada. ¿Recuerda los panfletos de clínicas de aborto? Pues eran por eso, porque... había que hacer algo.

Andrea intentó disuadirla de su decisión, como buena católica, le habló sobre las adopciones, sobre la belleza de criar a un hijo... Todo eso estaba ahí escrito.

Cuando lo leí, no sabe lo que se apoderó de mí. Quería asesinar a ese

bastardo, pero antes necesitaba que Blanca me confirmara aquello. Por eso, después de leer el diario, regresé a casa de los Robles Xalostoc y la confronté.

Y ella me lo contó todo... todo lo que ese malnacido le hizo después: la arrastró hasta la habitación y... No puedo, no puedo seguir contando eso. La voz me falla, se me va, se me atora en la garganta. Los ojos me arden, la sangre hierve.

—Después... cuando escuché su versión de los hechos... —Me recupero y sigo hablando.

Cuando la escuché, por fin pude atar cabos.

¿Se acuerda que Josefina hizo que su hermano y Andrea cortaran? Bueno, primero la investigó... se enteró de lo que había pasado entre los Robles Xalostoc y enfrentó a Gonzalo, resultando en que él supiera que Andy lo sabía todo. Por eso fue a amenazarla, pero las cosas salieron mal y... ella ahora está dos metros bajo tierra.

—¿Te lo dijo él o es solo tu deducción? —el agente me cuestiona.

—Me lo dijo.

Y ya, lo demás usted lo sabe bien: molí a golpes a ese hijo de perra, llegó la patrulla y henos aquí.

Hasta el pobre Freddy salió perjudicado, nomás espero que no le detengan el trámite de la licencia por esto, porque eso no sería justo. Él solo se metió en la pelea para separarnos... o bueno, separarme a mí de Gonzalo.

Pero sabe algo, agente, viéndolo bien todo... así, desde el principio; desde que llegué a México... ¿Recuerda las primeras palabras que Blanquita me dijo cuando me vio? Me pidió, me rogó que la ayudara.

Quién sabe el infierno que Blanca ha vivido desde aquel día de la graduación, yo solo puedo imaginarlo y me llena de una rabia que no puedo controlar. Y, quizá, al pedir mi ayuda, ella no se refería realmente a investigar todo esto del suicidio de Andrea. Es más, me atrevo a decir que ella sabía bien lo que había pasado. No sé, eso tendrá que preguntárselo a ella.

...A mi pobre Blanquita.

EPÍLOGO

No hay nada mejor que la vista de Metepec desde lo alto del Calvario. Puedes ver las calles laberínticas del centro, el colorido de las casas, la gente pululando, el Nevado de Toluca con su puntita nevada, y los valles que rodean a la ciudad como una fortaleza. Detrás de ti, una construcción rojiza y antigua, postrada sobre un cerro que sobresale a la mitad de todo. La iglesia parece ser parte de una deidad imponente, parada en la cima, dónde puede verlo todo y nada se le escapa de la vista.

Cuando te recargas en el barandal de piedra, mientras observas a tu alrededor, se siente el viento frío pegando en tu piel y, de repente, te dan ganas de agradecer el seguir vivo.

—¿Crees que venga? —Carlos me pregunta. Tiene las manos escondidas en los bolsillos de la chamarra Polo color marino y su cairelito bien peinado, como Superman.

—Quién sabe, güey —suspiro.

Ojalá venga... ojalá la vea venir con su maleta de rueditas y el rostro iluminado con tantita esperanza. Pero no sé lo que pasará ahora, solo puedo saber lo que tengo al frente... y claro, aquello de lo que acabamos de salir.

Pienso seriamente en todo lo que ha pasado desde que Charlie pagó la fianza y nos sacó a Freddy y a mí de los separos. En realidad, se ha visto un poco de justicia gracias a la influencia de los Carso Lara; Gonzalo está siendo procesado por homicidio y quizá se levante una demanda contra él por todo lo que le hizo a Blanca.

Me encantaría decir que estamos bien, pero no mames, uno no puede estar bien después de todas estas mierdas. Aunque uno quisiera superarlo, aparte de que aún es muy pronto, siempre quedará un rastro en el alma, como una ruptura... una herida.

En esta sociedad, todo marcha como debería: las señoras ahora tienen algo de qué hablar en la sobremesa, los Robles Xalostoc están en boca de todos. Los directivos de la escuela y los maestros están muy apenados y sorprendidos, se muestran sumisos ante las críticas; les llevará tiempo volver

a limpiar el nombre de la institución... después de todo, una tragedia sucedió y se cosechó durante años dentro de sus paredes. También, los papás de Andy han conseguido un poco de justicia; esto no les devolverá a su hija, pero algo es algo.

A veces me pregunto si fui yo quien provocó todo esto... si soy el principal culpable por haberme enamorado de Blanca y por aferrarme a ella aunque Gonzalo estaba mal de la cabeza. Quizá la muerte de Andrea fue consecuencia de mis decisiones, o no sé... quiero pensar lo contrario, pero es difícil.

La neta, esto es una mierda hecha y derecha.

Ayer vi a Blanca, hablé con ella en esa cafetería en la que nos encontramos hace semanas. Me dijo que no quería levantar un acta contra su hermano... que solo deseaba escapar de este lugar y comenzar de nuevo. Su padre, al enterarse de lo sucedido, llamó desde Japón e invitó a su hija a vivir con él y su familia. Pero, sé bien que eso no es lo que ella quiere. De hecho, es lo que menos desea en este mundo.

Y su madre... ni sus luces.

Blanca quiere comenzar de nuevo, y yo también.

Ojalá venga.

Todo esto me hace recordar la frase que dijo el agente cuando terminó mi declaración:

«Mira, carnal, esto está bien podrido. Pero así son las cosas en este lugar. ¿Sabes qué me imagino cuando los veo a ustedes, riquillos? Me imagino a un montón de gatitos blancos, de esos, bien cuidaditos; el pelo sedosito, los collares con pedrería, el porte como para estar en una vitrina... Se ven bien bonitos, como de a mentiras. Vale verga, a mi no me engañan, esos pinches gatos son los que se comen a sus humanos cuando se descuidan y mueren, son carroñeros, sangrientos. Son traicioneros, vacíos, egoístas... Gatos blancos... ¡Eso es lo que son!»

GRACIAS

A mi familia,
A Kath, por ser siempre la primera en leer y
a Nikko y a Rafa por su apoyo.